

LA ILUSTRACION Sud-Americana

AÑO VII

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 152

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
la correspondencia á nombre del director

BUENOS AIRES, ABRIL 16 DE 1899

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



UN MOSQUETERO — (Fotografía artística de nuestro colaborador don Felipe R. Piñeiro)

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre....	5.—	Trimestre.....	5.50
EXTERIOR: Año.....		\$ oro 9.—	
Número suelto: \$ 1.25 m/n. *		Número atrasado: \$ 1.50 m/n	

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897 Y 1898
\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



COMPLEJO es el problema y múltiples sus ramificaciones; y el problema... es el educativo en discusión y examen en todos los hogares, en proyectos y organización en los ministerios que le son afines (y lo son todos), en estudio y análisis preparatorio entre nuestros oradores parlamentarios, dispuestos «a romper lanzas» en las primeras sesiones del Congreso.

No escapamos a la obsesión general: se infiltran las ideas, repercuten los viejos recuerdos, y se renuevan principios, temas y teorías que, después de unos cuantos lustros de propaganda entusiasta, vienen a la mesa de disección de nuestras afiladas tijeras mentales.

Se acabaron los problemas de la fuerza: los aprestos bélicos, las glorias militares soñadas, las tendencias guerreras del corazón, unidas con evoluciones tácticas y habilidades estratégicas que el cerebro caldeado por «la dirección de la corriente», fraguaba en compendio y resumen de atávicas influencias, pasaron, y hoy damos asenso cariñoso a los asuntos escolares y a la enseñanza en sus tres modalidades educativas.

Somos un pueblo pacífico: nuestras tierras y sus generosos productos; nuestras fábricas y sus variadas manufacturas; el agitado tráfico de nuestras diarias operaciones mercantiles, y el concurso y la competencia de similares negociaciones, constituyen el proceso de nuestra vida actual, y sólo debemos pensar en encauzar inclinaciones, usos y costumbres, a fines meramente progresivos.

La inteligencia (fuerza también en pugna con las resistencias del temperamento nacional y las rutinas de viejas tradiciones) ha de gobernar nuestros futuros destinos, y del acierto y tino de los medios excogitados para su desarrollo, y de su oportuna aplicación en la juventud que hoy cursa en aulas universitarias y establecimientos de enseñanza, dependerá la perfección y dependerán las ventajas de los resultados que se obtengan.

Cultivar el cerebro popular; cultivar sobre todo, esas inteligencias de la clase media, forzosamente directora de los pueblos del porvenir, es adaptar un problema a otro, resolver dos incógnitas, ajustar dos entidades, la ley hecha y el súbdito sumiso a esa ley.

Alguien dijo: «tenemos muchas leyes para los hombres; vamos a formar hombres para las leyes.»

Hace ya más de un cuarto de siglo, un norteamericano, J. W. Draper, en un estudio que tituló *Historia del desarrollo intelectual en Europa*, decía en los párrafos finales de su estudio, un tanto sectario y exagerado:

«Ya es doctrina bien aceptada la de que el Estado tiene derechos sobre el niño, como los tiene el padre, y que debe obligar a que aquél sea educado; y también al contrario, que el niño tiene derecho de exigir del gobierno una buena educación. Después de que esto se haga del modo más completo y liberal, las naciones libres no tendrán sino otra tarea que llenar: la de asegurar la libertad intelectual de una manera tan completa y absoluta como han asegurado la propiedad y la libertad personal.»

Y más adelante, considerando lisonjero el porvenir de Europa, y entonando alabanzas a la edu-

cación cristiana, agregaba: «Las naciones que, por diversas y defectuosas que sean sus instituciones políticas entre sí, han tenido por lazo de unión un sincero sentimiento religioso, poseen mayores esperanzas de rápido y seguro progreso, que aquellas que se han dedicado exclusivamente al cultivo de los intereses materiales y egoístas, que han perdido toda fe en el porvenir, y que viven sin Dios.»

Y surgen en la mente, a través de variados prismas, otros mil cambiantes del problema, y no pueden desprejarse todas las consecuencias rigurosamente deductivas de estas soluciones al considerar media humanidad, la grey femenina, arrastrada a pedantesca instrucción inútil por unos rumbos, o desamparada por viejos extremos de rutinarias tradiciones.

Y no están de más, ya que sólo apuntamos ideas, y salva toda exageración de *feminismo*, estos conceptos de la eximia escritora hispana, doña Emilia Pardo Bazán, al analizar dos obras notabilísimas de la genial y por muchos títulos ilustre escritora, su compatriota doña Concepción Arenal:

«La mujer es más de medio género humano: nadie ignora que nacen y se conservan más hembras que varones; con sólo recordar este sencillo é incontestable dato estadístico, se entiende que cuanto afecte al destino general de la mujer, reviste importancia superior a la de otras cuestiones, y superior en grado, imposible de calcular, pues faltan términos de comparación, y se pierde la noción del valor del esfuerzo por su misma trascendencia universal y humana.»

Y estudiando lo funestísimo que para el hombre es la inferioridad de su compañera en la vida matrimonial, y de los alcances y perspectivas sociales de ésta, proposición asaz descuidada en nuestros usos y hábitos más arraigados, dice:

«Establecida la intimidad conyugal, comprometen la paz doméstica y hacen el hogar ingrato, los vicios del carácter que son fruto de las deficiencias de la educación; el hastío, las vanidades pueriles, los despilfarros, las genialidades indómitas, el ocio intelectual que exalta la fantasía y produce aquel estado morboso en que las Madamas Bovary se arrojan de cabeza al abismo de la traición y de la concupiscencia.»

¿Hay ya bastante? Veamos por otro prisma, es decir, como lo ven y han visto educadores e ilustrados pensadores que analizan pausadamente tan complejas cuestiones, entre nosotros.

Un escritor, de claro criterio y espíritu abierto a todo lo que es «positivo» y de prácticos resultados en la organización de nuestro progreso intelectual, el señor Biedma, ha dirigido al ilustrado jefe de la división de Instrucción Pública, doctor don José B. Zubiaur, gentilísima carta, acusando recibo del último libro de éste, en que campean conceptos elocuentes y sincera expresión del pensamiento al ocuparse de la educación práctica en sus varias fases, comercial, agrícola y fabril. Titúlase este libro del señor Carrol D. Wright, *La educación industrial* y ha sido traducido al castellano por el doctor Zubiaur y el doctor J. H. Gybbon Spilsbury, y dejamos para cuando se publique el segundo tomo, anunciado por los traductores, una síntesis fidelísima de la importancia excepcional que obras de esta índole encierran en nuestros descuidados hábitos educadores.

Pero no resistimos a copiar la antes referida carta, de actualidad palpitante, que al tratar de estos temas educativos se expresa en los párrafos que transcribimos, «en prácticos conceptos» (a pesar de su pesimismo un tanto literario) que señalan horizontes de positiva esperanza. Dice así: «Su carta es toda una promesa que halaga al patriotismo. Yo creo firmemente en la lealtad del propósito, pero dudo de su realidad. Estamos, desgraciadamente, muy atrasados y sufriendo una orfandad penosísima de bien entendido civismo, puesto que priman siempre sobre los intereses generales los estrechos intereses de cada cual. La economía animal argentina sufre de un fenómeno orgánico que hay que corregir a todo trance y a costa de cualquier sacrificio: *atrofia* notable del corazón y *asombrosa dilatación* del estómago.»

¿Remedio? La educación. ¿El médico? Ciudadanos como ustedes... El tratamiento es de largo y muy difícil proceso, los resultados muy lejanos, las dificultades casi insuperables, pero... para los hombres de coraje se han hecho las empresas, decía nuestro gran San Martín!

«Recibi su libro cuyo obsequio le agradezco muchísimo y me permito hacer mío el juicio del doctor Zeballos: su publicación, entre nosotros, es acción de verdadero patriotismo y entraña un señalado servicio a la causa de la educación nacional.»

«La industria y la agricultura son sólido, muy sólido pedestal de nuestra grandeza futura. Siempre me han merecido profundo respeto los hom-

bres que siembran papas... y he recogido más de una sangrienta pulla de los mediocres cuando lo he dicho.»

«Oigame usted un cuento:

«Existía en Andalucía, el país de los indolentes, un miembro de la alta nobleza española que arrojó lejos sus apergamizados títulos y afrontando valientemente el ridículo, se dio a sembrar trigo... En el éxito de su empresa cifró todo su orgullo y tenía la vanidad de oírse titular *el primer agricultor de España*.»

«Un día le llamó el ministro Gálvez y en nombre de Carlos III le ofreció la superintendencia administrativa de la Patagonia. Rechazó insistentemente la oferta, porque era rehacio al empleo público.»

«El ministro varió la conversación y de improviso le preguntó por el estado de sus sembradíos, —interrogación que exaltó la preocupación maniática de aquel súbdito de la real corona, que habló como un poseído en favor de la agricultura asegurando que de ella dependía la grandeza de su patria...»

«¿Usted lo cree así?...»

«—¡Como en la existencia de Dios!»

«Pues bien, S. M. el rey quiere que usted vaya por esos medios a hacer la grandeza de la hoy yerma y codiciada Patagonia...»

«Y el recalcitrante abandonó todo, patria, familia, fortuna, posición social, y vino a arrojar en el valle de Río Negro el primer grano de trigo... y un año después, en 1780, oficiaba al virrey Vertiz que había cosechado 1269 fanegas y tres cuartillas de ese farináceo, de una calidad como no la había superior en el mundo.»

«Patagones, por él fundado, y a la sazón en poder de los españoles, sostenía, en 1814, con sus productos agrícola-ganaderos, la resistencia que la plaza de Montevideo oponía al ejército independiente sitiador; y hoy, en 1899, apenas produce lo suficiente para alimentar a su población urbana!»

«¿Qué sería hoy, mi distinguido amigo, la Patagonia Argentina si pueblos y gobiernos hubieran recogido la lección práctica que les enseñara el industrioso Francisco de Biedma, cuya memoria ¡sarcasmo de la suerte! tiene altar en el corazón de los bolivianos?»

«...¿Tengo ó no motivo para respetar a los hombres que siembran papas?»

«Imagine usted ahora, en conocimiento de estos antecedentes, con el interés con que acogeré el precioso libro traducido por usted, en cuyas páginas se preconiza la virtud estúpida de la industria que engrandece a los pueblos, porque es el primer factor de la independencia económica y moral del individuo.»

La educación, como vulgarmente se dice, confundiendo sus dos elementos congénitos, la instrucción y la educación, presenta otra faz interesante en nuestra cultura social, y nada más adecuado a nuestra crónica quincenal que el recordar a nuestros lectores la universitaria fiesta en que, al descubrirse la estatua del doctor Antonio E. Malaver, colocada frente a la del doctor Moreno en nuestra Facultad de Derecho, ha descollado entre todos los discursos que sintetizaban los méritos del docto catedrático, la frase vibrante y siempre galana del doctor Miguel Cané. Han sido sus palabras, notas precisas de un talento claro, y el doctor Miguel Cané, en sus ideas expositivas sobre la cultura general, *da fuerza de opinión* a cuanto en diversos temas y ocasiones hemos vertido en estas columnas.

«Todos los que hemos vivido, hombres ya, dijo el señor Cané, durante aquellos años de noble vida pública que se sucedieron en la gran provincia argentina, desde la reorganización nacional hasta su consolidación, al cesar la coexistencia de poderes en esta capital, podemos afirmar que cualquier porteño que iba a un ministerio, llevaba siempre, como aliento y estímulo, el recuerdo de la administración del general Rodríguez y aquella visión de Rivadavia queriendo transformar por el esfuerzo de su pensamiento, «una aldea tosca y primitiva, en una ciudad culta é higiénica. Los debates de las cámaras, en las que, si a menudo predominaban el entusiasmo, las ilusiones y la vana oratoria, jamás, ó bien rara vez, asomaba la cabeza el reptil bastardo del interés privado; las reuniones de los clubs políticos, a las que concurría el pueblo entero, como un reflejo de la vida griega, para debatir apasionadamente sus derechos y sostenerlos con fiereza sin igual; el tono de las arengas tribunicias, inflamado, exacerbado, con un dejo inconsciente de reivindicación socialista; las luchas electorales, las escaramuzas de club a club, la noche que precedía al acto, la batalla en el atrio, por fin, en la que a menudo se encontraban frente a frente los hombres más distinguidos y los jóvenes más brillantes de la sociedad local; las polémicas por la prensa, ardorosas, sinceras, a veces deslumbrantes, en las que se abrían camino los caracteres y los talentos, en las que se aprendía a pensar y a encontrar bellas formas para vestir al pensamiento; la sociabilidad misma, culta y de intensa actividad dentro de aquel cuadro restringido, todos estos factores reunidos

«determinaban una vida cívica tan extraordinaria, que su recuerdo parece alejarse en el tiempo y el espacio, como si hubiera pasado en otro siglo y en otra comarca. Como ciudadano, no vitupero ni deploro por cierto, puesto que á él contribuí, el cambio que puso término á aquella existencia llena de generosos alicientes; pero incompatible con los grandes movimientos de progreso que obran por masas robustas, ruidosas y aplastadoras, cuya marcha violenta nivela las inteligencias, lamina las iniciativas y convierte á los hombres en granos de arena que van rodando inconscientes y desatentados, envueltos en la ola ciega y brutal. Pero como hombre, ¿á qué ocultarlo? echo de menos en nuestra sociedad actual aquella cultura, aquel alto nivel intelectual, aquel amor por nuestras primeras y rudimentarias manifestaciones de arte, ese gusto por las letras y aquella prensa que apasionaba al pueblo por el ardiente debate de sus derechos y ejercía sobre él la influencia sana que le daba su noble desinterés y la autoridad que le conferían los altos caracteres que le imprimían rumbos.»

El libro antes citado, las *tendencias* que se dibujan en la opinión intelectual, y un cierto apasionamiento amoroso por el pueblo norteamericano, en sus grandes luchas gubernativas, nos lleva á considerar otro problema del continente colombiano, envuelto en dudas y velado por opuestas informaciones, que ora aseguran el éxito probable del canal de Nicaragua, ora preconizan la forzosa continuación de la vía panamense á través de tórridas y estériles comarcas.

Tienen oportunidad, pues, los siguientes datos del ingeniero inglés Mr. Charles Dobson, que ha visitado recientemente las obras del canal de Panamá, pero que nada tiene que ver con la empresa, y ha dado á conocer, en los siguientes términos, el estado de los trabajos:

«Desde 1891 he tenido ocasión de visitar varias veces el canal; nunca he visto en él la actividad que hoy se observa. Evidentemente los franceses van esta vez de veras y sus trabajos adelantan de un modo portentoso.

Hoy concentran todas sus energías en el gran Corte de Culebra, el que presenta más dificultades en toda la longitud del canal.

La compañía tiene trabajando de 1.700 á 2.000 jornaleros y más de 50 locomotoras, cada una de las cuales arrastra un tren de diez á quince vagones.

Al paso en que ahora se están llevando adelante las excavaciones, el corte de Culebra quedará terminado en nueve meses; y yo creo que, una vez que la compañía haya realizado esta parte de las obras, dirá que ha vencido la mayor dificultad que ofrece la construcción del canal y que para terminarle, lo único que se necesita son más fondos. Por el lado del Atlántico hay construidas diez y nueve millas de canal, con agua navegable, y por el lado del Pacífico siete millas.

El canal, á mi juicio, podrá terminarse gastando unos 125 millones de pesos más. En cuanto á la situación actual, parece que la compañía no carece de fondos, pues paga á su gente con puntualidad.

La concesión otorgada por el gobierno de Colombia á la compañía francesa, espiró en octubre último; pero, según mis noticias, se han hecho arreglos para prorrogarla por seis años más. Yo creo que para que el canal sea navegable en toda su extensión se necesitarán diez años más.»

Daríamos aquí fin y término á nuestras notas de la quincena, si, una tras otra, no nos trajese la prensa americana noticias de interés relevante.

Desde la revolución federalista boliviana que ha triunfado, hasta las inquietudes de las repúblicas centroamericanas que no encuentran sosiego y definitivo plan de marcha gubernativa, sólo en los extremos de esta inmensa zona de América de procedencia latina, hay asiento seguro para las esperanzas de un futuro próspero y definitivo.

Chile y la Argentina cooperan á la obra del progreso universal, y Méjico, al norte de tan vasta extensión geográfica, justifica también lo que se ha dado en llamar *virismos* de los que confían en las virtudes y energías de una raza vigorosa de esplendente historia.

Conocemos poco á nuestra hermana del golfo antillano.

Méjico es, entre nosotros, á pesar de su desenvolvimiento material, uno de los países de América peor apreciados en nuestra gente intelectual. Interesarán, pues, los siguientes datos recientes sobre su vida económica:

Méjico tiene una población que excede de doce millones de habitantes y sus ingresos suman, poco más ó menos, setenta millones al año.

El gravamen que pesa sobre cada habitante, tanto por contribuciones fiscales ó municipales, no llega á seis pesos. En Francia, cada habitante paga por lo menos \$ 15; Alemania \$ 14; Italia \$ 11.82; Bélgica \$ 10.75; Portugal \$ 8.30; Perú \$ 6.30.

El presupuesto de gastos de la República de Méjico, para el año fiscal que comenzó el 1.º de

julio de 1898 y que termina el 30 de junio de este año, asciende á 52.672.448 \$ 19 centavos.

El sueldo del Presidente de la República es de 50.000 pesos al año.

Un secretario de Estado gana 15.001 \$ 50 centavos al año, ó sean 41 pesos 10 centavos diarios. Un subsecretario, 21 pesos 92 centavos al día, ó sean 8000 pesos 80 centavos al año.

Hay 227 diputados con pesos 3000 cada uno, y 56 senadores con igual sueldo.

Se consultan para gastos de funerales de diputados ó senadores que mueren en ejercicio de sus funciones, pesos 7000 al año.

El ramo de policía cuesta \$ 449.450.90

El poder legislativo \$ 1.019.242.50.

El ejecutivo \$ 82.468.75.

La secretaría de Relaciones Exteriores pesos 540.647.80

La de Gobernación \$ 3.685.516.25.

La de Justicia é Instrucción Pública, pesos 2.345.311.05.

De Fomento, Colonización é Industria, pesos 745.626.86.

De Comunicaciones y Obras Públicas, pesos 5.652.111.04.

De Hacienda y servicio administrativo, pesos 6.138.249.10.

Deuda Pública, \$ 20.017.469.80.

Guerra y Marina, \$ 11.996.356.24.

Méjico está, como país productor de café, llamado á ocupar un lugar importante. En las vertientes de la Mesa Central, hacia los dos océanos, se presenta una dilatada región donde esta planta prospera maravillosamente, y la calidad del grano en los mercados europeos y americanos ha sido reconocida como superior á las de otros países que lo producen en abundancia.

En el año de 1896 la producción del café en toda la República de Méjico, fué de 132.540.250 kilogramos, ó sean 285.638 quintales.

Cada hectárea de terreno puede dar desde 60 hasta 120 pesos. Puede venderse el quintal de café hasta 34 \$ plata, con un costo de 6 \$ quintal; pero esto es en los buenos años, porque, como todo artículo de consumo, está expuesto á bajas y entonces la ganancia no es tan notable.

Pudiéramos agregar ahora el adelanto y propiedad de otros cultivos, el progreso de sus puertos y ciudades del interior, el desarrollo inteligente de su marcha educativa, y el valer y prestigios de sus hombres en ciencias y literatura, que, aunque presentadas en múltiples ocasiones en esta publicación, extenderían más de lo discreto estas breves reseñas de compendio periódico de cuanto América aporta al movimiento civilizador de esta centuria notabilísima.

Dejemos por hoy el tema, y preparando materiales para el próximo número, con motivo de la reunión de los prelados chilenos, paraguayos y peruanos en nuestra culta capital, para asistir al Concilio romano, cerremos con una «nota económica» recogida al azar, estas largas digresiones.

Esperaba con gran interés en pasados días, un conocido bolsista, enemigo de gastos superfluos, un telegrama.

Llega el ordenanza de telégrafos con el ansioso despacho y le da un peso de propina. Pero, reflexionando, mientras abría el codiciado parte telegráfico, le dice:

—Che, no se vaya: porque si la noticia es mala, me devolverá el pesito ¿eh?

MARINO BRAIS.



¿POR QUÉ?...

Malo me dices, y ¿por qué? Yo ansío probar que tú calumnias sin razón: causando tú mi amante desvarío, no hay corazón tan bueno como el mío... porque eres tú mi mismo corazón.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe.



LA UNIVERSIDAD DE MUJERES DE WELLESLEY

Una Universidad de mujeres, ni más ni menos que las de hombres, es la Universidad de Wellesley, cerca de Boston, al borde del lago Waban.

Fieles los americanos á su instintivo principio de aceptar todas las consecuencias prácticas de las verdades que ellos tienen por evidentes, han llegado á admitir la identidad absoluta entre la educación del hombre y la de la mujer. Las es-

cuelas mixtas realizan este pensamiento en la enseñanza primaria y en la secundaria. Wellesley puede considerarse como una de las tentativas más completas para llevarlo á cabo en la enseñanza superior.

Esta tentativa se debe—como otras muchas—á la buena voluntad privada. La Universidad de Wellesley nació de la siguiente manera: En 1863, vivía en Boston un abogado muy distinguido, Henry Jowle Durant. En la citada fecha, Durant perdió su hijo único: agobiado por la pena, trató de buscar consuelo para su espíritu atribulado, en las ideas religiosas, y fué, á partir de aquel triste suceso, uno de los más apasionados cristianos evangelistas de la Unión.

Retirado de su profesión de letrado, que no le parecía compatible con el ardor de sus nuevas convicciones, trató con su esposa, del empleo que debían dar á su caudal.

De discusión en discusión, llegaron á formar el proyecto de fundar una Universidad de mujeres, en la cual habrían de ser mujeres los alumnos, mujeres también los profesores, y cuya base fuese la Biblia. El objeto de Durant fué el de que de su colegio saliesen sabias cristianas, esposas cristianas y madres cristianas.

Púsose la primera piedra en 1871, y desde hace mas de veinte años funciona tan original colegio con creciente prosperidad. La suma empleada por el fundador fué de 800.000 dollars: varios donantes aumentaron este capital, y actualmente la Universidad posee un capital de 1.636.900 dollars.

En cuanto se penetra en el edificio, gran construcción de ladrillo, en forma de cruz latina, rodeado de jardines, se echa de ver, y luego se confirma con la lectura de los programas, que todo en aquel establecimiento se dirige á obtener estos dos resultados: formar inteligencias femeninas que tengan igual solidez é instrucción que la de los hombres de las Universidades de Harvard ó de Yale, y fomentar en estas alumnas, las costumbres propias de las clases acomodadas del país.

Al penetrar en el edificio, se encuentra el visitante en un *hall*, con sus arbustos, sus grabados, sus estatuas, sus muebles, parecido al interior de uno de esos suntuosos hoteles de Nueva York, en los cuales pasan largas temporadas familias enteras.

La escalera es tan lujosa como la de un club: en los corredores adornados de cuadros, están á uno y á otro lado, los departamentos de las discípulas. Viven, como los estudiantes de Harvard, generalmente de dos en dos. Cada cuarto tiene dos alcobas y un salón que no difiere en nada de los salones habituales en América, un poco refinados: fotografías, flores, muebles de madera clara, canapés adornados de pulidos arabescos, dan no poca elegancia y coquetería á estas celdas, cuyas habitaciones nada tienen de monacal.

Unas á otras, las discípulas se invitan á tomar té y convidan también á varios jóvenes. Todos los sábados el gimnasio deja de ser un club de *atletismo* para convertirse en un salón de baile, al cual las discípulas de Wellesley invitan á sus amigos de Boston y Cambridge, como si ellas estuviesen en casas de sus padres. Van y vienen en la casa y fuera de la casa, sin dar cuenta á nadie de su conducta. Unas reman en el lago, montan otras á caballo, y algunas guían coches. Muchas se van solas á Boston.

Nadie las acompaña ni vigila; nadie tampoco les pregunta al volver dónde han estado. Puesto que una vez que entran en la vida, han de ser capaces de bastarse y defenderse á sí mismas, es menester que lo sean durante su educación.

Además, la ley que castiga al seductor con penas tan severas como al falsario ó al ladrón, sería bastante para protegerlas, aunque su carácter y el de los hombres que ellas encuentran, no bastase para su defensa.

Las alumnas cuya gracia tiene por marco este confortable colegio de Wellesley, ¿se encuentran en rigor igualadas á los hombres y bastante protegidas? ¿Están contentas con su suerte ó suspiran por mayor libertad? No es de creerlo, puesto que si quieren criticar el sistema á que se las somete, podrían hacerlo en los debates públicos.

Nada tan curioso como el contraste que existe entre la severidad de los cursos y la coquetería de este palacio que se alza al borde de un lago, rodeado de bosques. El examen de admisión supone conocimientos profundos de literatura inglesa, historia, geografía, matemáticas, latín, griego y una de estas dos lenguas, francesa ó alemana.

No existe límite de edad para solicitar este examen: de modo que hay discípulas de dieciséis años al lado de otras de mucha más edad. Se cita allí el ejemplo de una señora de sesenta años, ya abuela, que se presentó á examen y fué admitida.

Las alumnas pueden ser ricas ó pobres, hijas de padres millonarios ó de humildes familias. Siendo honradas, nadie se inquieta por los procedimientos de que las discípulas se valen para adquirir los trescientos cincuenta *dollars* por año que les cuesta la enseñanza. Es cosa corriente que una joven preparada para el examen, sea cajera ó vendedora en una tienda, secretaria de hotel ó copista, á fin de reunir con los honorarios de estas profesiones, aquella suma. Otras prestan á sus compañeras varios servicios, como el de costureras ó modistas, arreglan habitaciones ó hacen encargos.

Tales trabajos no sólo son tolerados, sino estimados. Constituye esto una enseñanza de igualdad democrática, cuyas consecuencias asombran a los viajeros europeos. Entre otros hechos significativos que pudieran citarse, es muy curioso el siguiente: Una cocinera exige a veces, al ser contratada, que una vez por semana se le ceda el salón de sus amos para recibir a los amigos de ella.

Asombra, de otra parte, cómo las alumnas de Wellesley pueden encontrar tiempo para ganarse la vida, siendo tantos y tan difíciles los estudios que se les exigen. Véase, como ejemplo, las lecturas griegas que una discípula de primer año tiene que hacer para pasar al grado superior: *Discursos escogidos*, de Lysias; la *Apología* y el *Critón*, de Platón; quinientos versos, de la *Odisea*. En latín tiene que estudiar las *Cartas*, de Cicerón; *Germania* y *Agricola*, de Tácito, y uno ó dos libros de versos de Horacio; en alemán, la historia general de la literatura, el primer *Fausto* y los dramas de Schiller; en francés, *El Cid*, *Horacio*, *Andromaca*, *El Misántropo* y *El Avaro*, y entre las obras modernas, *El Abate Constantino*.

De las materias filosóficas a que se dedican, véase como muestra el siguiente enunciado, copiado de un programa: «Estudio de la doctrina de la evolución en lo que se refiere a los motivos de la conducta individual, é historia de las instituciones sociales y civiles».

Este trabajo de los cursos tiene por complemento lo que pudiera llamarse el trabajo de los clubs. Todas las alumnas forman parte de un círculo, ya de música, como *El Beethoven*, ó de literatura, como el *Shakespeare*, ó de política, como el *Agora*, ó de pintura y escultura, como el *Art Society*.

Además, se dedican a los ejercicios físicos, comprendidos a la americana, es decir, como una ocupación matemática y razonada.

En la última memoria de la presidenta de la universidad, hay seis cuadros por extremo originales, los cuales demuestran en toda su ingenuidad el prodigioso espíritu de realismo de que está animada esta institución.

Titúlase el primero de dichos cuadros, *Girt of chest. Medida del pecho*. En una serie de líneas comparativas que muestran el desarrollo medio del pecho obtenido por veinte alumnas tomadas al azar, al cabo de cinco meses de ejercicios gimnásticos en el gimnasio y en el río. De treinta y una pulgadas de capacidad torácica, han pasado estas jóvenes atléticas a treinta y tres. Dos líneas iguales dan cuenta, a la primera ojeada, de la detención del desarrollo en aquellas otras alumnas que no han hecho ejercicios de gimnasia.

El segundo cuadro presenta un *schema* análogo para la capacidad de los pulmones; el tercero pa-



ARRIERO DE USPALLATA

ra la fuerza de los brazos; el cuarto, para la de la espalda; el quinto, para la profundidad del pecho; el sexto, para la anchura de hombros. Al pronto esta manera de considerar la fisiología de las jóvenes como los chalanos consideran las de sus caballos, parece insensata. Sin embargo, conviene no olvidar que las jóvenes que van a Wellesley para instruirse, han de ser también, en su mayor parte, esposas, y como tales, madres. Es, pues, muy útil que se las defiendan de las consecuencias del excesivo trabajo cerebral, haciendo que su organismo pueda resistirlo.



UN CHOQUE

Abrumado por el dolor que le causara la muerte de su madre y con el fin de librarse de las visitas y de los enfadosos cumplidos, inevitables en tales casos, si hubiera seguido en su casa de París, abandonó el barón de Montbais la capital, trasladándose, sin más compañía que la de sus criados, al magnífico castillo que poseía en *La Reole*, cerca de la estación del ferrocarril de Burdeos a Cette, y a donde llegaban las brisas del Mediterráneo.

Lo agreste del país y de la época del año, tan poco a propósito para vivir en el campo, le prometían una soledad absoluta y tal como la deseaba para tranquilizar su espíritu, violentamente conturbado por la desgracia sufrida.

Los extensos bosques que rodeaban su castillo, le ofrecían caza abundante, y siendo él uno de los más entusiastas partidarios de tan saludable ejercicio, desde el siguiente día de su llegada a *La Reole* cogió la escopeta, y, seguido de Flik, su perro favorito, empezó la guerra contra los conejos, liebres y perdices, que hacia meses sólo pagaban tributo a sus guardas y a uno que otro cazador furtivo que á ello se arriesgaba, sin temer una perdigonada ó la correspondiente denuncia ante el juez.

La estación del ferrocarril se hallaba enclavada en los dominios del barón, atravesando la línea férrea por uno de sus bosques.

Generalmente, el dueño de la finca se detenía un instante á saludar al jefe de la estación, antiguo militar retirado, y aquella tarde quiso sorprender al buen hombre, que tal vez no tendría aun noticia de su llegada, pues en vez de dejar el tren en *La Reole*, había llegado á caballo desde Burdeos, donde había dejado el tren de París.

Acercóse al *Chalet* que le servía de habitación entre un disco y una gran caldera de agua para las máquinas, y al llamar familiarmente á la ventana, como tenía por costumbre, abrióse ésta prontamente y se presentó una mujer joven, que al encontrarse con el barón, lanzó un grito de sorpresa.

—Dispense usted, señora—dijo el barón, llevándose la mano al sombrero.—¿No está el señor Maximino?

—¿El señor Maximino?—repuso la joven. ¿Pregunta usted por el que era jefe de esta estación?

—Efectivamente—dijo sorprendido el barón.—Por él pregunto.

—Sin duda, el señor ignora que el señor Maximino no está ya aquí.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme dónde se halla?

—En el cementerio de San León!

—¿Cómo?—¿Ha muerto el pobre Maximino y nada he sabido!

—Sin duda es usted forastero—dijo la joven.

—¡Forastero!—exclamó el barón.—No lo soy, aunque paso fuera de aquí largas temporadas. Soy el barón de Montbais.

—¡Ah!—perdone usted, señor barón—repuso la joven sorprendida y ruborosa, al saber que estaba hablando con el propietario más rico del departamento.—Ignoraba con quien tenía el honor de hablar.

Unas cuantas palabras más enteraron al barón de que la joven era la esposa del nuevo jefe de estación que había sustituido al pobre Maximino, y después de saludarla cortésmente, se alejó, no sin que le siguiese una larga y pensativa mirada de la joven, hasta que lo perdió de vista.

Se llamaba ésta Mary Legrand y hacia poco más de dos años que estaba casada con Oliverio Grun, que de factor en la estación de Orleans había ascendido á jefe de *La Reole*, gracias á la influencia de un consejero de la Compañía.

Nacida en París, reunía en su graciosa personilla todos los encantos y defectos inherentes á las hijas de cierta clase que, sin llegar á entrar de lleno en la clase media, están á más alto nivel que la gente obrera.

Burlona, alegre y coqueta, ávida de goces y de lujo, quedábase á lo mejor soñando, con sus grandes ojos negros muy abiertos, viendo pasar en confuso kaleidósopo los grandes boulevares de París, sus tiendas llenas de preciosidades; los cafés, los teatros y, sobre todo, aquellas encantadoras mujeres que, vestidas y adornadas con todos los refinamientos de la última moda, le arrancaban gritos de admiración cuando era pequeña, al verlas muellemente reclinadas en soberbios carruajes, de vuelta de paseo ó de las carreras de caballos.

Se casó con Oliverio sin amor, y sólo por ser ama de su casa, cansada de llevar regaños en la de su madre, que constantemente la motejaba de holgazana y perezosa.

Oliverio Grun, alsaciano de origen, era un buen muchacho y un honrado trabajador; pero de ninguna manera el *hombre soñado*



FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO—ESTACIÓN USPALLATA

por ella, ocupado todo el día y la mayor parte de las noches en los penosos trabajos del ferrocarril, ya atendiendo á la oficina, ya al movimiento de trenes.

El barón volvió otra tarde á verlos; poco á poco fueron intimando, y Oliverio, halagado con la amistad de tal personaje, y con la mira de poder utilizar el día de mañana su gran influencia, extremó las atenciones sin parar mientes en la desproporción de tal amistad y, mucho menos, en el peligro de que su mujer pudiera hacer ciertas comparaciones, de las que de seguro no podía salir muy bien librado el pobre marido.

Rubio, pequeño, de enclenque apariencia, aunque dotado de un vigor nada común, sus casi albinos cabellos y sus ojos azules, de expresión casi siempre azorada, no ofrecían un conjunto seductor, muy al contrario del gallardo aspecto del barón, que, á pesar de sus cuarenta años, reunía á una figura tan simpática como varonil, todos los atildamientos y elegancias del hombre acostumbrado á vivir en la alta sociedad.

Ocurrió, por lo tanto, lo que debía ocurrir. Una tarde, al volver á su casa Oliverio, se sorprendió al no hallar á Mary. No dió gran importancia á la ausencia, pues acostumbrada por él á ser tratada como niña mimada más que como mujer formal, supuso que se habría retardado en alguna visita ó paseando por el parque del inmediato castillo del barón, cuyas estufas y macizos de flores había puesto á su disposición el dueño de la finca.

Al dar las nueve de la noche, era grande la impaciencia del esposo, cuando el ruido de un caballo que se acercaba á galope le hizo salir á la puerta del chalet.

Montábalo un criado del barón, el cual, sin dar tiempo siquiera á que Oliverio formulase la más insignificante pregunta, le entregó una carta y partió á galope por la carretera de Burdeos.

Sin saber por qué, Oliverio tuvo el presentimiento de una gran desgracia.

Agitado y convulso, abrió la misiva, en cuyo sobre reconoció la letra de su mujer, y después de recorrer anhelante las dos líneas que contenía, cayó de rodillas como si hubiera recibido un golpe brutal en la cabeza.

La carta sólo contenía estas palabras: «Cuando recibas ésta, ya estaré muy lejos; no trates de buscarme, perdóname y olvidame.—Mary».

A los cinco años, Oliverio Grun, agobiado por la pena y la vergüenza, había conseguido ser trasladado como jefe al apeadero de *La fleche*, entre las estaciones de Collioure y Port-Vendres, en la línea de Perpignan á la frontera de España. Aquel sitio poco frecuentado y en el cual la mayoría de los trenes sólo pasaban como un relámpago sin detenerse, era á propósito para su carácter taciturno, después de la tremenda desgracia que le afligía.

Sin embargo, jamás exhaló una queja ni hizo la menor tentativa para encontrar á la infame que le había abandonado.

Una noche, cerca de la madrugada, llegó un guardabarrera jadeante de cansancio y de espanto, á anunciar que el tren express de Barcelona había chocado en el kilómetro 11 á la salida de Port-Vendres con una roca enorme, desprendida de las próximas canteras, y que era grande el número de desgracias ocurridas.

Rápidamente organizó Oliverio los socorros de que en aquel pobre apeadero podía disponer, y después de avisar á las estaciones inmediatas á fin de que envasen trenes de socorro, cogió el botiquín, y seguido del escaso personal á sus órdenes, corrió al sitio de la catástrofe.

Al llegar, un horrible espectáculo le oprimió el corazón.

La máquina y el tender volcados, los coches hechos astillas en confuso montón de maderas, hierros, ventanillas arrancadas, coches montados unos sobre restos de otros, aplastando y magullando con su peso á infelices viajeros, que lanzaban ayes de agonía ó gritos desgarradores pidiendo auxilio.

Al resplandor de teas de resina empezó á trabajar con toda la fuerza de su enérgico temperamento y ardiente caridad. Levantando maderos, apartando pedazos de coches y rompiendo cristales de otros, logró salvar de una muerte cierta á varios heridos, colocándolos en las colchonetas de los vagones extendidas á lo largo del terraplén y prodigándoles los primeros cuidados. Un niño de pecho, caído entre unas ruedas, fué devuelto milagrosamente á su madre, que, loca de desesperación, lo buscaba. Un sacerdote, herido en el pecho, fué retirado á tiempo para no será brasado por los chorros de vapor que se escapaban de la rota caldera de la máquina. Un joven, hijo del prefecto de los Bajos Pirineos, que regresaba de una excursión por España, fué asimismo salvado por Oliverio, que lo transportó en brazos hasta dejarlo en lugar seguro, no sin que el herido le prometiera pedir para él una alta recompensa.

En una de las veces que volvía de dejar entre-

gado á los cuidados del personal un herido, llamó su atención una voz de mujer, que con apagado acento pedía socorro desde un vagón de primera clase, volcado sobre el lado izquierdo y con el techo casi arrancado. Rápidamente subió gateando y alumbrándose con una tea pudo ver en el fondo el cuerpo de un hombre elegantemente vestido de viaje, al que un hierro había roto el cráneo, desapareciendo la cara bajo una enorme mancha de sangre, á su lado, una señora joven, al parecer, pedía socorro con angustiado acento, sin poderse valer, por tener una pierna sujeta, ó tal vez fracturada, entre los tableros del fondo.

Urgía, por lo tanto, sacarla de allí.

Clavó la tea en un madero, y al tender las manos á la viajera para que viera si podía incorporarse, oyóse una doble exclamación de espanto:

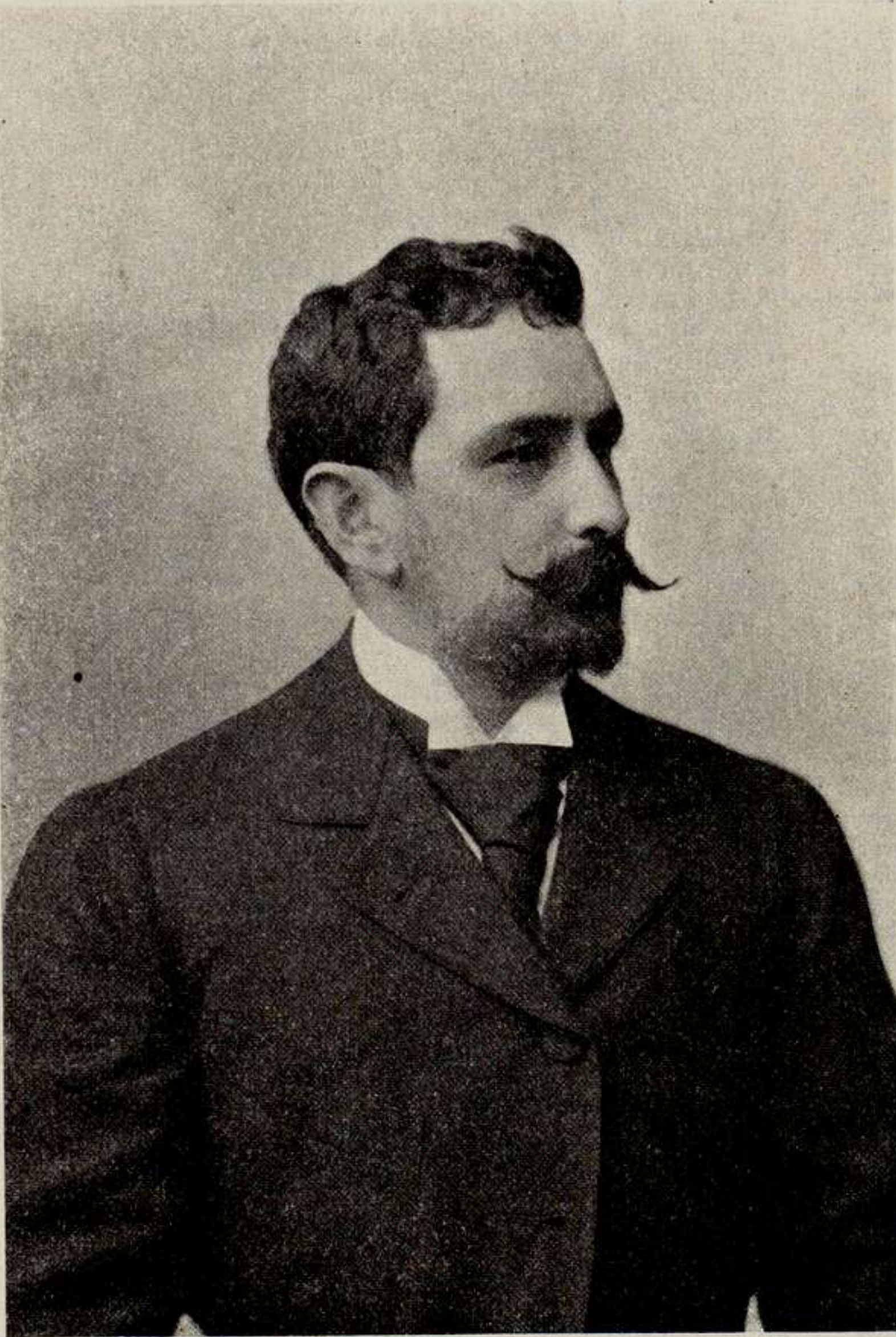
—¡Oliverio!

—¡Mary!

—¡Piedad, piedad, Oliverio!... ¡Sálvame!... ¡No me dejes morir aquí—exclamó Mary en el paroxismo del terror, y agarrándose á las manos de su ultrajado esposo con fuerza convulsiva.—¡Piedad! ¡No me abandones!

—¡Tú!... ¡Tú aquí!...—repetía Oliverio balbuciente de estupor.

—¡Sí, soy yo! ¡Yo, que te imploro! ¡Veníamos de España!...



DR. PRÓSPERO MENA — GOBERNADOR DE TUCUMÁN

—¡Ah!—repuso con acento feroz Oliverio—¡Venias con él! ¡Será éste!—dijo señalando el cuerpo inerte allí extendido.—¡Sí, es él!... ¡Ahora lo reconozco! ¡Míralo! ¡Está muerto!...

Mary lanzó un agudo grito de terror.

—¡Ah! ¡Aún le amabas... maldita mujer!...

Pues bien; ¡ve á reunirte con él!—exclamó con rabia espantosa Oliverio, lanzándose sobre su mujer, y anudando las largas y huesosas manos en torno de su garganta, le apretó con loco furor, hasta dejarla completamente estrangulada.

Al cabo de un gran rato, los demás empleados le hallaron desmayado y cubierto de sangre entre los cadáveres de Mary y de su amante, atribuyendo el hecho al cansancio de aquella noche, en la que tan heroicamente se había portado.

Un mes después, el *Diario Oficial* publicaba la relación de las víctimas ocurridas en el «choque de Port-Vendres», figurando en ella Mary, como desconocida, pues nadie pudo identificar su cadáver.

En el mismo *Diario* se publicaba el decreto concediendo á Oliverio Grun la cruz de Caballero de la Legión de Honor, por su heroico comportamiento en el «choque de Port-Vendres».

V. MUXAN DE BOAVILLER.



CUENTO AZUL

(Del libro «Cuentos de color».—Caracas)

Cuentan las crónicas del cielo—y estas crónicas las he leído en el cielo azul de unos ojos—que el Señor de los mundos y Padre de los seres ocupa altísimo trono, hecho de un solo enorme zafiro taraceado de estrellas, y deja caer, á semejanza de vía láctea fulgurante y en dirección de la tierra, mezquina y obscura, su luenga barba luminosa, color de nieve, á cuyo laberinto de luz llegan á empaparse en amor y convertirse en esencia eterna y pura, todas las quejas, todos los sollozos y el llanto inacabable de la humanidad pros-crita.

Y, según añaden las crónicas, toda alma de hombre está unida, por un hilo de luz muy largo y tenue, á las barbas divinas. Por ese hilo de luz, invisible para ojos humanos, es por donde ascienden la fragancia de los corazones y las bellezas nacidas y cultivadas en las almas: amores castos, perfume de obras buenas, plegarias, quejas, y sobre todo lágrimas muchas lágrimas, las infinitas lágrimas que el amor arranca á nuestros ojos. Estas últimas, en su viaje al través de los cielos, son la causa de iris maravillosos, delicia de los bienaventurados; pero al fin de su viaje, y poco antes de convertirse en fuego inmortal, surgen en el extremo de las hebras de luz por donde han ido, en la forma de flores efímeras y radiantes, candidas como lirios, purpúreas como rosas, ó delicadas y azules como flores de pascua. Y como á cada instante, y á la vez en el extremo de muchos hilos, están abriendo esas flores, parece como si las barbas divinas perpetuamente florecieran.

Sucedía que, una vez, al decir de las crónicas, uno de esos ángeles maleantes que todo lo espían con sus ojillos de violeta y lo husmean todo con sus naricillas de rosa, púsose á considerar muy circunspecto, con mucha atención y cuidado, el entrelazarse y confundirse de las dos madejas de luz: la formada por los hilos que suben de las almas, y la otra, color de nieve, que baja del rostro del Eterno.

Distraíase el ángel, contemplando unas veces la ascensión continua de iris mágicos, otras veces el incesante abrir de rosas, lirios y campanulas, cuando de repente, fijóse con insistencia en un punto y comenzó á pintarse en el rostro una sorpresa indecible. Hizo un gesto de asombro; cayóronle sobre la frente, como lluvia de oro, algunos de sus rizos más alborotados; y partió, vibrante como nunca, la centella azul y glauca de sus pupilas.

Lo que sus ojos acababan de ver, jamás lo hubiera concebido su mente de ángel. Dos de aquellos hilos provenientes de la tierra, y de los más hermosos, en vez de correr la misma suerte que los demás, yendo á perderse en el regazo del Padre, profundo océano de amor, se aproximaban uno á otro, llegados á cierto sitio, y seguían así durante un buen espacio, hasta enlazarse y fundirse por completo, formando una especie de arco fúlgido, por el cual pasaban, á bajar por uno de los hilos, las bellezas que por el otro subían. De manera que dos almas, almas elegidas á juzgar por las apariencias, eximíanse de pagar al Señor de los cielos el obligado tributo de gracias, perfume y amor.

El ángel, escandalizado con tal descubrimiento, lo calificó de crimen insólito, merecedor de todos los castigos, y se propuso ir en seguida á denunciarlo á los oídos del Padre. Pero como á la vez reflexionó que á quien todo lo sabe y todo lo ve presente, así lo que es como lo que fué y será, no podía pasar inadvertido nada de lo que en sus propias barbas estaba sucediendo, resolvió indagar por sí mismo, antes de romper en palabras acusadoras, lo que significaba aquel tejemaneje irrespetuoso de las dos almas predilectas.

Sin decir á nadie su intento, el ángel abrió sus alas de libélula, transparentes y vistosas, y siguiendo uno de los hilos culpables, echó á volar hacia la tierra oscura.

En la tierra lo esperaba una sorpresa tal vez mayor que la recibida en el cielo. El culpable rayo de luz, objeto de su curiosidad, llegaba á un sitio apartado y agreste de la tierra española, caía en el silencioso recinto de un monasterio, y terminaba, coronando la frente de un viejo monje, en lo interior de una celda, blanca y desnuda de cosas vanas, como la conciencia del justo. Y el ángel, confundido, pero armándose de astucia, siguió los pasos del religioso, presunto reo de una falta imperdonable.

Nadie recordaba ya el nombre que tuvo ese religioso en el siglo: Atanasio lo llamaban en el convento. Un día, años atrás, había llegado al monasterio, con la señal de los viajes muy largos en el vestido, con la huella de las grandes torturas en el rostro, en demanda de paz, amor y albergue. Extranjero, venido de países distantes, fatigado de errar de zona en zona, se acogía al reposo del

claustró. Alma grande y buena, los hombres habían hecho de él un gran dolor. Joven y fuerte, aún tenía mucha costra de ceguera en los ojos; en el pecho, la tempestad de todas las pasiones; en los labios, la amargura de todos los ajenjos. Pero él supo dar empleo á su energía, cultivando su propio dolor, y lo cultivó tan bien, que le hizo dar flores. Poco á poco limpió su alma, hasta dejarla blanquísima y pulcra como las paredes de su celda; y en su alma, como en un incensario precioso, empezó á quemarse de continuo un incienso impalpable. La pureza fué desde entonces norma de su vida: ni una mancha en sus costumbres; su fuerza, la castidad; su mejor alimento, la oración; su alegría, el sacrificio. Nadie como él soportaba las grandes penitencias: los ayunos prolongados, ó las crueles mordeduras del flagelo. Sembró virtud, y la cosecha de alabanzas no cupo en las eras. Muy pronto fué de sus hermanos ejemplo, veneración y gloria. Los que le habían visto llegar como á un leproso, le rodeaban como á quien da salud y reparte beneficios. En donde él ponía los pies, los otros ponían los labios, seguros de recoger un perfume; lo que él tocaba con sus dedos, convertíase en algo como hostia; y cuando su boca se entreabría, destilaba música y mieles. La fama de su virtudes voló, con alas de paloma, fuera del claustro, y se fué esparciendo por ciudades y aldeas, tanto, que muchos apresuráronse á ir en romería á besar los pies del viejo monje.

Y el ángel, viendo y observando todo eso, admirábase cada vez más y se entristecía mucho. En vano trataba de penetrar en el secreto de aquella existencia. En vano buscaba en el alma del monje la mancha que, según él, había de afeársela. Comparaba su propia blancura con la blancura de alma del monje, y no sabía decir cuál era mayor. Pero nada le impidió seguir creyendo que bajo todas aquellas apariencias de santidad andaban ocultas las garras del demonio. Animado por esta creencia, no se dió por vencido, y resuelto á terminar su obra, aunque algo triste y melancólico por lo infructuoso de sus primeras pesquisas, voló al cielo, para bajar de nuevo á la tierra, siguiendo el otro hilo culpable. Y por este llegó á una ciudad americana, al seno de un oratorio discretamente escondido en una casa que tenía aspecto de antigua casa solariega. En la sombra del oratorio hallábase una mujer, ya anciana, la cual, puesta de rodillas, pasaba las cuentas de un rosario y dejaba salir de su boca el suave y monótono murmullo de los rezos. La dama era bastante conocida en la ciudad. En su existencia todos podían leer como en un libro abierto; y, como al través de cristales muy diáfanos, todos podían admirar sus virtudes. Vestida con pobreza, caminaba por entre la multitud, en las manos la limosna, la oración en los labios. Nunca abandonaba la sombra de su oratorio sino por la sombra de las capillas ó la penumbra de las iglesias muy vastas. En catedrales y capillas habíase marchitado su hermosura, como en el altar las flores; y sus días volaban en una atmósfera de cantos místicos, como el humo del incienso. Los de su edad recordaban que, cuando joven, había sido bella y reinado con cetro de encantos y gracias en medio á una corte amable y numerosa; pero, sólo unos cuantos explicábanse por qué un día, bruscamente, aún en la flor de los años y en la plenitud de la belleza, dejó caer el cetro de soberana, cerró el oído á los infinitos halagos de su corte y, sin más voto que el voto hecho ante sí misma, renunció á su cómoda existencia de rica, á todas sus costumbres muelles, para vivir, sin fatigarse jamás, arrodillada en las duras baldosas de los templos.

Y el ángel siguió los pasos de la beata como, antes los del monje, pero con éxito mejor. El muy curioso, poniendo el oído al rumor de algunas almas, insinuándose al través de muchas rendijas, hurgando viejas memorias; recogiendo aquí y allá papeles amarillos; flores muertas y pálidos bucles de oro, pudo sacar de lo más hondo del pasado una historia de amor, fresca, vibrante y luminosa como las mañanas de abril. Por fin tenía en sus manos el secreto perseguido con tenacidad inquebrantable, secreto amoroso, cuya tibieza de fuego oculto bajo cenizas lo bañó, acariciándolo dulcemente. Pero el ángel contestó á la suave caricia estremeciéndose de miedo y horror, como ante un inminente contagio.

¡Pícaras almas! Aquellos dos seres, que tan lejos uno de otro vivían, respiraron tiempo atrás el mismo aire, bebieron tiempo atrás la luz del mismo cielo, y sus almas, abiertas al amor, se mecieron juntas en el mismo idilio plácido. En breves días amáronse mucho, con todos los amores: tierra, casta, ardientemente. Luego, una mano profanadora turbó el idilio; la sombra de un crimen se interpuso entre los dos amantes. Apagó en sus labios la sonrisa, llenó sus corazones de tristeza, y los fué separando lentamente, hasta arrojarlos por último: á ella, á la vida devota en un retiro casi impenetrable; á él, al destierro, al áspero camino de todas las peregrinaciones.

Separados para siempre, sin saber el uno lo que el otro hacía, fueron á dar al mismo refugio. Ella, en su oratorio, y él, en su celda, empeñáronse en matar el pasado, en extinguir las llamas del amor terreno, en volver á la paz y á la inocencia, haciéndose humildes, muy humildes, y luchando

por convertir la turbia fuente de sus dolores en la onda clara de un amor divino. Después de breves días y años, lograron su fin; tornáronse buenos, y la plegaria—paloma blanca—se anidó en sus corazones para nunca más dejarlos. Pero, en realidad, en vez de matar el amor, lo mantuvieron vivo. Se aislaron, alejándose de los hombres, pero le dieron forma al recuerdo de la juventud y vivieron con él en perpetuo coloquio. Creyendo no amar sino á Dios, y sólo á Dios ofrecer en holocausto sus penas, amaban ese recuerdo de la juventud y le ofrecían todos los sacrificios. Cada uno guardaba la imagen del otro, como rosa de eterna fragancia en un altar sin mancilla. En ellos el amor continuaba siendo tan vivo y fuerte como antes, pero más ideal. Y la plegaria—paloma blanca—fué la mensajera de ese amor, secreto é invencible.

El ángel reconstruyó fácilmente las vidas del monje y de la beata; comprendió lo que significaba el abrazo de luz de los dos hilos culpables; con toda evidencia, aparecióse el desacato hecho á la Divinidad, desacato acreedor á un castigo sin término; y radiante de indignación voló al cielo y rompió á hablar con el tono severo de un juez implacable en la presencia divina:

—Señor—dijo,—hay dos almas pecadoras á las que debes abrumar con todo el peso de tu justicia. Son dos de tus predilectas, de las que enriqueciste con los dones más excelsos y colmaste de gracias. Tu generosidad sin límites la pagan con la más honda ingratitud. Viven olvidadas de ti. No sacrifican en tu honor una sola de sus bellezas, ni han quemado nunca en tus aras ni un grano de incienso. Y no sólo se han olvidado de ti y de la senda por donde á ti se llega, sino que han pretendido traicionarte haciéndote mediador de sus locuras. So pretexto de amarte, se adoran; so pretexto de rendirte culto, se han convertido cada una en altar de la otra. En tus propias barbas, ahí cerca, se están besando siempre, entregadas á un amor nada puro, porque es hijo de la tierra. ¡Señor! ¡Castígalas! ¡Ábrumalas con todo el peso de tu justicia!

El Padre, al oír esto, sonrió con sin igual dulzura, posó la mano derecha sobre la cabeza del ángel y, durante algún tiempo la acarició, enredando y desenredando los alborotados rizos de oro. Luego dijo:

—No te impacientes, ya verás cómo pronto haré justicia.

Muchos ángeles y vírgenes, que habían oído las palabras acusadoras del ángel recién llegado, pusieron á esperar con atención profunda el fallo del Eterno.

Muy pronto, en efecto, las dos almas pecadoras, obedientes á la voluntad infinita, abandonaron el mundo. Casi á la misma hora encontraron, al monje, muerto en su celda, y á la beata, sin vida en su oratorio. Una sonrisa iluminaba sus rostros, y sobre la boca de ambos erraba un perfume.

A poco de viajar en forma de chispas refulgentes, y cada cual por su hilo de luz, las dos almas se divisaron, reconociéndose, á pesar de la distancia. Entonces quedáronse inmóviles y despidieron un fulgor vivísimo, para continuar después el viaje, y de tiempo en tiempo, detenerse á lanzar nuevos fulgores. Eran besos que se mandaban al través del espacio, y en tales besos los hombres no veían sino vulgares exhalaciones, de esas que incendian el cielo por las claras noches de estío.

Las dos chispas viajadoras, acercándose cada vez más, subieron y subieron hasta llegar al punto en donde se abrazaban los hilos. Ahí, encendidas como nunca, fundiéronse en una sola llama, la cual, á un gesto de la voluntad infinita, cuajóse en estrella y subió á resplandecer por los siglos de los siglos en la corona de astros que ciñe el Señor de los mundos y Padre de los seres.

Muchos de los ángeles y vírgenes que estaban atentos al fallo, sintieron la tristeza de la envidia: corridos y descontentos, no acertaban á comprender por qué merecían tan alto honor las dos almas pecadoras. Eran ángeles y vírgenes que no habían amado nunca, é ignoraban la virtud suprema de los que saben amarse con amor abnegado y sin fin. Algunos, en el colmo de la vergüenza y la envidia, escondieron su frente bajo las alas vaporosas, en tanto que resonaba por todas partes uno como rumor de innumerables harpas heridas, y caía, de verjeles invisibles, una lluvia de pétalos cándidos.

Y abajo, en la tierra obscura, un astrónomo desconocido, solitario habitador de una cumbre, habló á las gentes de un nuevo astro, cuya sonrisa blanca y suave alegraba el rincón más azul de los cielos.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.



UN BAUTIZO

Allá va la ronda
de las chicas guapas;
dicen que hay bautizo
en la Plaza Larga.
Cuatro farolillos
á la veneciana
alumbran, bailando,
la puerta de entrada.
Angosta escalera
nos lleva á una sala
de negra techumbre,
de paredes blancas.
Hay cuadros de santos
y escenas de casa
y sobre la cómoda,
herencia sagrada,
un espejo que hace
la cara achatada;
los que en él se miran
se rien sin ganas.
Llena de confites,
la bandeja pasa
los vasos de vino,
la sangría helada;
copas de aguardiente
que salta las lágrimas
y para calmarse
la fresca alcarraza.

Pero vámonos al patio
que aquí el calor nos abrasa.
Los inquietos bailarines
se sientan bajo las parras;
los bombitos de colores
suspendidos de las latas
obscurécen á las flores
que á los sarmientos se abrazan.
Ved aquella campanilla
cómo llora mustia y lacia
porque hay debajo un farol
que está, el infame, quemándola.
La reunión está muy sosa,
no se bulle ni se habla,
porque los más se marcharon
á la parroquia cercana;
mas el cortejo de vuelta
venir debe ya á la casa,
porque se escucha á lo lejos
al rorro que grita: gña... gña...
Debajo de un cobertizo
donde hay un pilón con agua
y el lebrillo de lavar
y el fogón de la colada,
se oye el suave murmullo
que hacen hablando en voz baja
unas cuantas muchachuelas
á la redonda acuceladas.
—¿Es verdad que esa niñita
la han traído de la plaza?
—Dicen que vino de fuera
metida en una canasta...
—¡Qué tonta eres, hija mía!
dice una, más espigada;
eso no es más que un embuste
con que tu madre te engaña.
La verdad yo os la diré,
que yo estoy bien enterada...
¿Qué será lo que han hablado
en el corro las muchachas?
Ya saben lo que es ser madres
y aún llevan cortas las faldas.
El piano de manubrio
Al aire sus notas lanza.
¡Qué polka más picaresca,
qué respinguillos da el alma,
qué cosquillas tan suaves
por el cuerpo arriba avanzan!...
Ya llegan al corazón,
ya las parejas se enlazan
y con grave contoneo
toman el compás y bailan...
Lindo pretexto es bailar
con la mujer que se ama
para cogerla en los brazos
é ir la mecendo con maña,
respirando de su aliento,
juntitas cara con cara.

Esa jaquetona
que rompió la danza
es de la criatura
la madre envidiada.
Ya ha tenido siete
y dice con gracia
que á todos los santos
les celebra octava;
y aquella del luto
que los pies arrastra,
ya veis por el talle
que está adelantada...
Un nuevo bautizo
de aquí á dos semanas.
Y la morenilla
de la rosa blanca,
que apenas le llega
al novio á la barba
va pensando ahora:
—Si yo me casara...
La del cuerpo rosa
casi reclinada

sobre el pecho ufano
del que la acompaña,
debe decir cosas
acarameladas,
con sus palabritas
suaves y blandas.
La del elegante
cinturón de plata,
(malas lenguas dicen
que es de hoja de lata),
lleva un balanceo
y unos aires gasta
que decir parecen:
—Aquí va la nata
de las mozas crudas,
de las madres bravas.
Ya verán ustedes,
criaturas saladas
cuando yo entre en fuego
con el que me baila.
Viene detrás de ella
una joven pálida:
sus ojos negros
brillan como ascuas
sobre las cenizas
de su piel helada.
La pobre está enferma,
y sus ojos cantan:

Tengo una pena muy grande
escondida en mis entrañas,
porque me ha dicho un divé
que me han de enterrar con palma.

Pero, señores, ¿qué es lo que aquí ocurre?
Qué ha de ocurrir, que una mozueta falta.
—Dicen que se ha fugado con su amante.
—Sí, la niña es bastante casquivana.
—La culpa es de la madre, porque el novio
se quería casar como Dios manda.
—Es que el novio es un pájaro de cuenta
que vive de expender moneda falsa.
—Deberá de tener un nido oculto
y en él habrá escondido a la muchacha
porque ya han recorrido medio barrio
y no llevan camino de encontrarla.
—Yo no sé cómo Dios pone en el mundo
criaturas tan sin pizca de crianza,
dice una joven que con una amiga
va bailando mohina y despechada.
Y el cura que también vino a la fiesta
y la preside, hecho un patriarca,
al saber que los novios se han fugado,
dice, sonriendo, con piedad cristiana:
—Esto terminará en boda y bautizo,
y todo quedará mejor que estaba.

Ya vuelve la ronda
de las chicas guapas
se acabó el bautizo
de la Plaza Larga.
Mas no vuelven todas,
una de ellas falta.

¡Qué serena está la noche
y las estrellas qué claras!
Por las calles silenciosas
resuenan nuestras pisadas.
Enfrente los torreones
encantados de la Alhambra,
y allá abajo la ciudad
entre flores reclinada.
Sólo se escuchan los trinos
que amorosos nos regalan
los humildes ruiseñores
ocultos en la enramada.
También los pájaros tienen
amores dentro del alma,
y con sus dulces gorjeos
saben cantar a su patria.
Yo me llevé un ruiseñor
lejos, muy lejos de España,
y a cantar de mi aprendió:
¡Quiero vivir en Granada!...

ANGEL GANIVET.



PROCEDIMIENTOS ANGLOSAJONES

(De La Reforma Social — París)

Aquellos de nuestros compatriotas—y no faltan,—que creen firmemente en la superioridad de los pueblos sajones, y en la inferioridad de las naciones latinas, han debido encontrar los últimos acontecimientos bastante molestos para sus doctrinas. En efecto, se ha visto que una nación latina, España, y de las que son de su procedencia, ha provocado la admiración por su calma, su noble actitud, su intrépido valor y su inalterable dignidad, mientras que el pueblo anglosajón, que ha sido el agresor, si tiene de su parte la fuerza y recursos superiores, no están a su lado ni la justicia ni la razón.

¿No es este el caso, y no convendrá recordar a nuestros franceses, demasiado fáciles y demasiado propensos a la admiración desde luego, y por una tendencia natural a imitar los ejemplos de un pueblo, cuyos éxitos se les presentan sin cesar, el que esta grandeza, por real que pueda ser, proviene demasiado del abuso de la fuerza, y de

una completa ausencia de escrúpulos en los medios empleados, y de esta convicción fuertemente adherida al espíritu del anglosajón que tiene una moral doble, la una para uso de sus compatriotas y la otra aplicada a los extranjeros?...

¿No vemos en estos pueblos mostrarse entre ellos partidarios de la libertad, cuidadosos del derecho de los demás, y de la palabra dada, enemigos de la mentira, pero dejar todos estos respetos y estas reservas en sus relaciones con las otras naciones? Para ellos no hay ni justicia ni buena fe; no se conoce sino la máxima latina *adversus hostem aeterna auctoritas*. Y es cosa que sorprende que la dura máxima de estos paganos sea la de los pueblos que se llaman cristianos, y que se envanecen de apoyar su conducta en las enseñanzas de la Biblia. Por ejemplo: ¿qué hay de cristiano en la conducta de los ingleses hacia Irlanda? No se limitan a arrebatar a los irlandeses sus tierras, a prohibirles elevar fábricas, medio de ganar su vida, pero que haría concurrencia al trabajo inglés. Recordemos los asesinatos sistemáticos de Cromwell; él exterminaba a los irlandeses porque los moabitas y los ammonitas habían sido exterminados por el pueblo de Dios, al cual modestamente asimilaba a los ingleses.

Así también, mientras que la Alsacia conquistada por Luis XIV en el siglo XVII, era ya en el siglo siguiente perfectamente francesa, a pesar de su origen germánico, los irlandeses, después de ocho siglos de conquista, no son más ingleses que el primer día.

En las regiones situadas fuera de Europa, mientras que los españoles se ocupaban en convertir a los indígenas, y se mezclaban con ellos de tal manera, que en toda la América del Sur y hasta en Méjico se encuentra al presente una verdadera raza de mestizos, ejemplo que se encuentra en las colonias portuguesas y más todavía en las colonias francesas, los colonos de la Nueva Inglaterra hacían desaparecer por completo los indígenas. El hecho tan frecuentemente citado de Pocahontas, una india que se casó con un inglés, es casi el único, y ya se sabe cómo se conduce el pueblo de los Estados Unidos con los indios, los antiguos poseedores de los territorios que aquellos ocupan hoy.

Si realmente el éxito de los anglosajones dependiese de su raza, sería necesario explicar por qué su grandeza data solamente de siglo y medio, dos siglos todo lo más, y por qué permanecieron oscuros y pasivos durante tantos siglos, mientras que los italianos—raza latina—llenaban con sus navios y sus establecimientos todo el Mediterráneo, y transportaban hasta Palestina a los cruzados ingleses; mientras que los portugueses—también latinos, doblaban el África e iban a las Indias, y los españoles—igualmente latinos—ocupaban, la América desde el Estrecho de Magallanes hasta la mitad del Far West; y mientras que nuestros antepasados ocupaban el Canadá y toda la orilla de Mississippi, al mismo tiempo que las Indias, imperio colonial inmenso, al lado del cual los establecimientos de la Nueva Inglaterra eran bien poca cosa como extensión. ¿Qué hacían durante tantos siglos los anglosajones?

En el siglo XI, la Inglaterra fué conquistada, pero conquistada definitivamente, y en una sola batalla—hecho bien raro en Europa—por un ejército francés, ejército equipado y conducido por un vasallo del Rey de Francia. No molesta para nada la palabra normando; los compañeros de Rolón se fundaron también en la población neustriana, que su mismo idioma, con sus costumbres y sus hábitos, habían desaparecido en menos de medio siglo.

Eran, ciertamente, franceses y habían venido de todas partes los que seguían a Guillermo el Bastardo, mientras que otros fueron a conquistar las Dos Sicilias y a fundar establecimientos hasta en el Asia Menor. Y estos aventureros franceses, convertidos así en barones de Inglaterra, conservaron su lengua y sus costumbres durante más de tres siglos, es decir, hasta principios del siglo quince.

Ricardo Corazón de León sólo habló inglés en la ópera cómica que lleva su nombre; sus sucesores no hablaron más que él la lengua de sus súbditos, y miraban la Inglaterra como país conquistado.

Tal fué durante largo tiempo la condición de los anglosajones, y la carta arrancada a Juan Sintierra, por sus barones, no aprovechó sino mucho tiempo después a los autóctonos. Fueron éstos, unos caballeros normandos, que bajo la bandera que llevaba Guillermo el Bastardo, llenaron la Francia, en los siglos XIV y XV, de promesas contra adversarios cuya lengua hablaban y cuyas costumbres corteses y caballerescas habían guardado.

En el siglo XVII la población de Inglaterra no pasaba de cinco millones de habitantes, según los datos más exactos, mientras que España tenía el doble y la Francia el cuádruplo. Su marina no podía presentarse delante de la holandesa.

Bajo el reinado de Elisabeth, el temor de un desembarco había tenido en zozobra a Inglaterra.

A fines de dicho siglo, fué cuando empezó Inglaterra a tomar rango de potencia marítima, y en el siglo siguiente, que desarrolló su poder; pero a ¿qué precio? Es preciso recordarlo a los entusiastas de esa nación, que admiran demasiado los re-

sultados sin considerar cómo han sido obtenidos.

Recordemos, pues, que en 1755 los ingleses se apoderaron, sin declaración de guerra, de 300 buques mercantes franceses y de dos escuadras destinadas al Canadá.

El año anterior, mientras que las comisiones trabajaban en los límites de nuestras posesiones y las posesiones inglesas, uno de nuestros oficiales enviado como parlamentario a un fuerte construido sobre las orillas del Ohio, era asesinado por la guarnición del fuerte, compuesta de milicianos de la Nueva Inglaterra. Y el que los mandaba, y que al menos parece que fué cómplice del asesinato, era Washington, el mismo que más tarde reclamaba en favor de sus compatriotas el socorro de Luis XVI y el apoyo de las tropas francesas.

En 1780 fué a Holanda, su antigua aliada, a quien el Gobierno inglés quitó, sin declaración de guerra, sus posesiones de las Antillas y 150 barcos mercantes.

En 1800 el mismo Gobierno, seguro de la supremacía de su marina, por el mal estado de la nuestra—a quien el Gobierno revolucionario había puesto en triste situación—enviaba sus flotas a perseguir los barcos neutrales y capturar más de 400, al mismo tiempo que se apoderaba de las colonias danesas y suecas, dos potencias neutrales pero demasiado débiles para resistir.

En 1803, rompiendo de repente la paz de Amiens, lanzó sus escuadras contra nuestros barcos mercantes, que navegaban con toda seguridad, y capturaron 1.200.

En 1807 ocurrió el odioso bombardeo de Copenhague, donde los ingleses atacaron súbitamente a una nación neutral y se apoderaron de sus buques y arsenales. Y al mismo tiempo que se compadecía de las naciones que Napoleón reunía a su imperio, el gobierno inglés se aprovechaba de la ocasión para apoderarse de sus colonias, principalmente de la del Cabo de Buena Esperanza, que naturalmente conservó después de la paz, mientras que los pueblos objeto de sus simpatías, recobraron su autonomía.

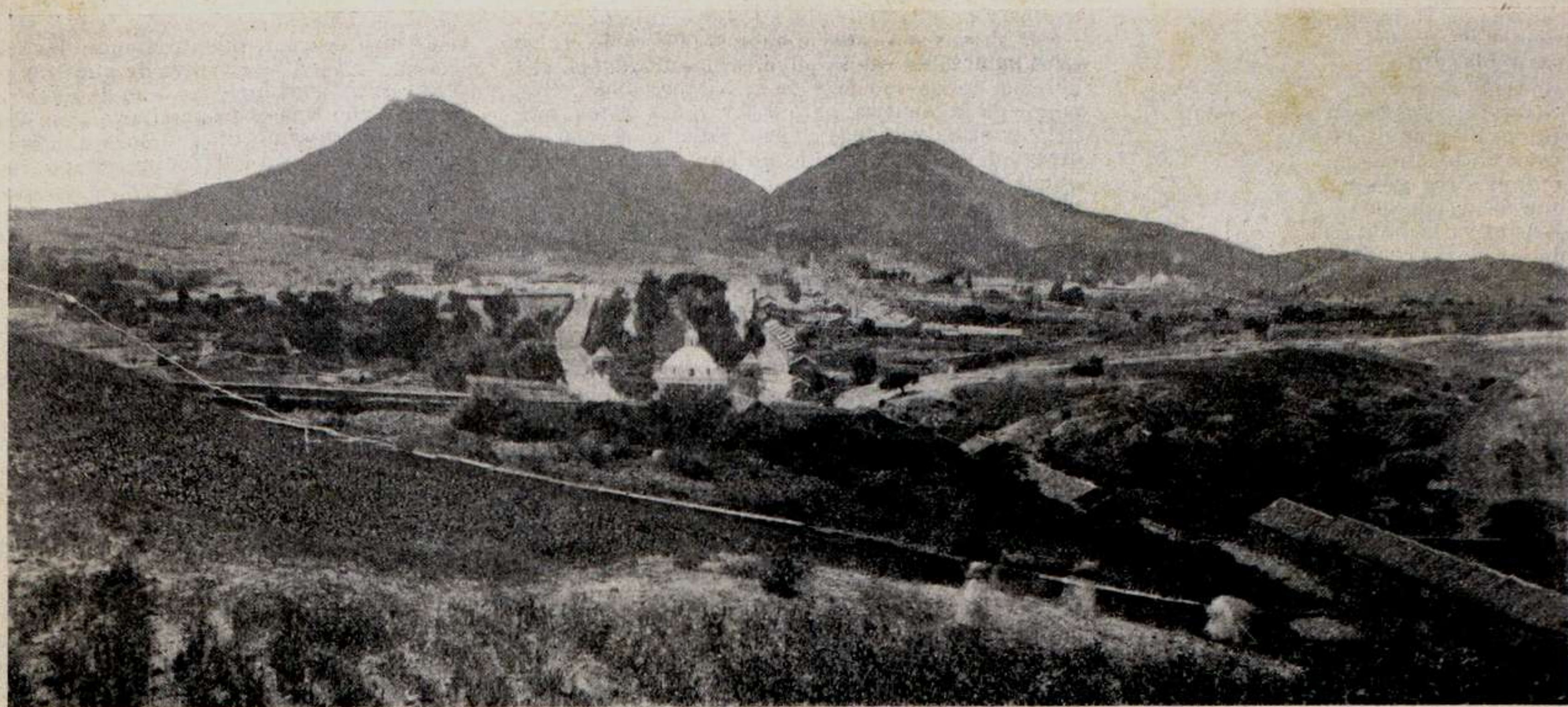
Así por una serie de rapiñas, sin cesar renovadas, se constituyó recientemente el poder colonial inglés. Por sí mismos, poco han fundado los ingleses: lo que han hecho, sobre todo, es quitar a los demás lo suyo, no repugnándoles de ninguna manera los medios poco leales, si les reportaban ventaja. Nosotros los franceses hemos hecho guerras de principios, guerras desinteresadas, la libertad de los Estados Unidos, bajo Luis XVI; la guerra de Italia bajo Napoleón III; todo esto, sin duda, ha sido poco prudente, pero al menos es noble y generoso, sentimientos que jamás han inspirado la conducta del gobierno inglés ni de la nación inglesa.

¿Se dirá que estos hechos son antiguos? Pues el espíritu de este pueblo es hoy día el mismo, y sus tradiciones no han cambiado. No hay sino recordar la conducta reciente del gobierno inglés al apoderarse de ciertas posesiones belgas sin otro motivo que el de *quia nominor leo*, y la odiosa conducta del capitán Lugard en la Uganda; hoy es coronel y está estimado por los suyos como un hombre resuelto, que se condujo bien, según el espíritu nacional. ¿Y la expedición del famoso Jameson entrando de repente, para retenerla en provecho de Inglaterra, en la colonia libre del Transvaal, a la cabeza de un ejército reclutado y armado en la colonia inglesa del Cabo, a ciencia y paciencia de las autoridades británicas? Es cierto que fué desautorizado por el gobierno, porque fracasó; pero los aplausos con que fué acogido en Inglaterra, la ridícula condena que se pronunció contra él y el indulto inmediato, demuestran bien que lo que se hace en interés de la influencia inglesa, cualesquiera que sean los procedimientos empleados, está de acuerdo con el espíritu del pueblo inglés y merecerá siempre su aprobación. He aquí lo que no hay que olvidar cuando se admira el poder de Inglaterra. Por lo demás, el mismo espíritu se observa en los Estados Unidos. Después de haber saqueado hace medio siglo la República hermana de Méjico, a la cual arrebató provincias enteras «para su bien», según aseguraban, hoy se les ve encender una guerra para apaciguar «un desagradable estado de trastornos y de lucha» que ellos mismos han desarrollado y fomentado.

No hay pueblo alguno que hable más de Dios y que observe menos sus principales mandamientos: la justicia y la caridad.

No; el poder de los pueblos anglosajones no se reduce a una cuestión de raza; esta raza actualmente no tiene más energía ni intrepidez que la que mostraron en otro tiempo las naciones latinas; hoy todavía la población crece más rápidamente entre los francocanadienses que entre los de origen anglosajón, y tienen una fuerza de expansión bien diferente. Hay en estas naciones, en la nuestra sobre todo y en la nación española, algo de generoso y caballeresco, que en vano se busca en el espíritu rapaz y positivista que forma el fondo de los pueblos anglosajones.

Esto no nos impide, en modo alguno, de reconocer lo que hay de energía viril, de perseverancia y de sentido práctico entre los pueblos anglosajones. Tienen la felicidad de no tener como nosotros, un gobierno opresor de toda iniciativa privada; de no tener como nosotros 530.000 fun-



BOLIVIA — VISTA GENERAL DE SUCRE

cionarios, lo que hace que toda nuestra juventud quiera tener puestos en el gobierno y buscar los goces del poder, y un sitio en el Parlamento, en vez de buscar virilmente y de crearse medios de existencia en otra parte.

Nuestra antigua monarquía no tenía, ciertamente, con una población que representaba dos tercios de la nuestra, la cuarta parte de nuestros actuales funcionarios. Gran número de jóvenes que no esperaban «una placita», y los segundones de familia que no esperaban la parte forzosa de la herencia de sus padres, se iban voluntariamente a las colonias, donde mostraban ese espíritu de iniciativa cuya pérdida lamenta tanto Mr. Leonce de Lavargne en su *Economía rural de Francia*. Ellos sabían también que una vez en las colonias no tendrían las trabas puestas por el funcionarismo, que es hoy día casi su única ocupación, y que en caso de conflicto con las naciones extranjeras, serían sostenidos con vigor, como lo son todavía actualmente los americanos y los ingleses, y como ya no lo son ahora nuestros exploradores, porque los ministros desean, antes que todo, no tener «cuestiones» a fin de retener el poder.

Nosotros teníamos todavía una gran posición como protectores de los cristianos en todo Levante, situación que se debilita y que se pierde con la política interior de hostilidades contra la religión, y la política exterior de anulación y hasta de concesiones.

Al contrario, los ingleses tienen por máxima que la tierra entera les pertenece, salvo algunas regiones de Europa y América, y llenos de confianza en ellos mismos, y con una opinión pública siempre dispuesta en esto a sostener apasionadamente al gobierno, marchan a este fin con una perseverancia que no se cansa, y sigue los procedimientos que ya hemos visto.

Admiremos de buen grado su espíritu y los resultados materiales que les ha producido; pero no olvidemos, a pesar de la grandeza del espectáculo, que a menudo no han sido obtenidos por los medios que un pueblo cristiano y justo podría aprobar y estaría bien lejos de conformarse con su conducta. (1)

A. B. J.

(1) El autor, Mr. Hubert Valleroux, al terminar el interesante artículo anterior, marca claramente el pensamiento que lo ha inspirado. Ha querido refutar a aquellos que entre nosotros alaban sin medida a los anglosajones, y olvidan demasiado que toda medalla tiene su reverso. Si es conveniente el buscar ejemplos en los ingleses y americanos, no se debe tampoco olvidar que es solamente el lado bueno el que es preciso procurar imitar.

(Nota de la Redacción de la *Reforma Social*).



TIPOS TARIJEÑOS



SUCRE — INTERIOR DEL COLEGIO NACIONAL

DE CHILE

NOTAS SUDAMERICANAS (1)

La revolución boliviana. — Amenaza prolongarse por largo tiempo. — Intereses públicos y privados comprometidos en la lucha. — Posibilidad de una transacción o avenimiento entre ambos bandos. — Preguntas sin respuestas. — La derrota de uno de ellos sería el principio de la guerra de partidas. — Después de la lucha política, la guerra social. — Capítulo aparte.

Dividida la oligarquía boliviana, que así también puede llamarse a esa clase social en cuyas manos se halla la dirección política del país desde la derrota de su ejército en los campos de Tacna, dividida en dos bandos opuestos la clase dirigente del país, que se disputan el Gobierno con las armas en la mano, no se ve de qué suerte pudieran los unos obtener el triunfo sobre los otros, sino después de larga, terrible y porfiada lucha, que pudiera tal vez complicarse en forma la más desgraciada y funesta.

En ambos bandos hay hombres inteligentes y enérgicos que han comprometido en la lucha sus más caros intereses públicos y privados. Para el partido conservador, su sostenimiento en el poder es la salvación del orden constitucional a costa de tantos sacrificios implantado en Bolivia después de la guerra del Pacífico, y merced al cual el país dejó de ser el triste cacicazgo de

los Dazas y Melgarejos; al mismo tiempo que para los liberales, federalistas o pandistas, que todo eso es el partido revolucionario, su victoria abriría a la vista de Bolivia un nuevo y vastísimo horizonte de progresos morales y prácticos, aunque realmente no se atine con el sentido concreto de estas palabras. Hay en ambas partes personalidades políticas y multitudes que las siguen, que piensan que el país necesita en absoluto de ellas para progresar y que sin ellas la pobre navicilla del Estado va a naufragar en ese oscuro y cerrado lago en que hoy navega.

Por otra parte, si una porción del liberalismo ha entregado la suerte de sus intereses panceños, amenazados de muerte por la ley de Chuquisaca,

(1) Este artículo fué escrito al comenzar la contienda, hoy, felizmente, terminada. ¿Quién sabe si el articulista acertará aún en sus vaticinios pesimistas?

á la protección de la bandera revolucionaria, cuyo triunfo únicamente puede salvarlos ya, también de su lado el partido conservador está seguro de que el triunfo de sus enemigos, que el desquiciamiento del orden constitucional, que el trastorno político, que sería su consecuencia, haría desaparecer la única base hoy de prosperidad privada, sobre la cual las personalidades más conspicuas de su partido, que la influencia del dinero ha llevado á las altas funciones públicas, han edificado su presente grandeza.

Se ve, pues, que en esta lucha, con tales elementos iniciada, no solamente se disputa un gran interés público, que bastaría por sí solo á agitar las pasiones y mover los sentimientos patrióticos de la clase social dirigente, sino que también se busca por ella la defensa de los más fuertes intereses privados ó personales, amenazados de ruina por la prepotencia de



BOLIVIA - FORMACIÓN DE TROPAS EN LA PLAZA DE LA PAZ

respuesta que colme ese abismo que separa á los dos partidos en lucha y allane el camino que se cree pudiera ser el término de los sucesos sangrientos de que es teatro el país, de esta suerte entregado á lo irreconciliable.

Tal vez con mejor razón podría decirse que la reconciliación tendría lugar después de un combate que extremara la debilidad de uno de los dos bandos y lo imposibilitara para continuar sosteniendo la lucha en el terreno regular en que hasta ahora se ha mantenido; pero tan natural como esta suposición debe estimarse la que, dada la naturaleza de los intereses en juego, y cuya importancia hemos bosquejado, obligaría al bando vencido á continuar la resistencia en la forma desparrramada de grupos, á que se presta un país falto de caminos, sin comunicaciones, sobre todo en tiempo de guerra, y en que la misma naturaleza opondría todo género



TIPOS DE LA PAZ

cualquiera de los dos bandos con el Gobierno de la República, dando en ello, al desarrollo de los sucesos, el palpitante interés que afecta á todos sin excepción, de una ó de otra manera.

Se comprende, por lo tanto, cuál puede ser el funesto desenvolvimiento que esta lucha está llamada á tener y de qué suerte los intereses esencialmente exigentes que en ella están en juego, obligan la constancia y tenacidad de los contendores hasta aquel último punto en que la lucha política es verdaderamente lucha por la vida, que es como si dijéramos lucha en que los hombres son arrastrados á los más violentos excesos y extremidades más deplorables.

**

Se ha dicho que, sin embargo de esto, y precisamente en vista de estas proyecciones siniestras de los sucesos presentes, la revolución podría probablemente terminar por un arreglo ó reconciliación, antes de que se produzcan algunos de esos sucesos sangrientos que ahondan las separaciones

de obstáculos á un ejército en marcha.

Las perspectivas que presenta la revolución son, por lo tanto, las de una nube cargada y negra que sube y sube en el horizonte, cubriéndolo y obscureciéndolo todo, sin que haya luz que pueda alumbrar los ojos y el criterio, y ayudarle á prever cuál será el fin de tamaña desgracia.

**

Pero todos estos antecedentes toman todavía una forma más amenazante cuando se piensa en que los sucesos en que vamos ocupándonos tienen por teatro un país paupérrimo, donde casi no existen capitales acumulados, en el cual los cultivos apenas si bastan para el minimum de consumo de una población que va á menos, en que las faenas mineras, que son ahí la base principal del comercio exterior, están amenazadas de paralización completa, y donde, en suma, todo es escaso y misero, de suerte que la falta de lo mínimo puede ser causa de general trastorno en las condiciones generales de la vida social.



TIPOS COCHABAMBINOS

políticas hasta hacerlas mortales; pero tal esperanza, sin decir que ella no pueda realizarse, no es fácil que sea un hecho, si se tiene presente lo que hemos expuesto acerca de las causas y modo cómo ha llegado á realizarse el pronunciamiento separatista.

¿Podría Alonso aceptar el principio federalista ó separatista que daría satisfacción á los intereses pacíficos, si ello, además de arrebatarse al Gobierno una parte considerable de sus escasísimas entradas y de entregar á las demás provincias á un estado de verdadera mendicidad, traería por lo demás el trastorno más peligroso del orden constitucional que ha dado paz y prosperidad relativa á Bolivia durante los últimos años?

¿De qué manera tampoco un arreglo sobre dicha base podría satisfacer al partido liberal boliviano, que, si se ha lanzado, con su jefe á la cabeza al campo revolucionario, después de tantos años de violentas expectativas en la conspiración oculta y tenaz, lo ha hecho para llegar algún día, con el extraño concepto que sus hombres tienen de la felicidad del país, á la posesión del poder que ahora, en la última y suprema ocasión, podrían tocar sus esfuerzos?

Nos dirigimos estas preguntas, y no encontramos en verdad una



SUCRE - LA CALLE DEL CORREO

La prolongación de la guerra civil debe estimarse por esta causa como la peor de las amenazas, ya que su consecuencia no puede ser otra que la miseria y el hambre, arrastrando á las capas sociales inferiores á las depredaciones salvajes, que en algunas ocasiones han ensangrentado al país, destruyendo al mismo tiempo sus escasos elementos de relativo bienestar.

Por ahora, las indiadas bolivianas miran, es cierto, casi sin interés y con la calma salvaje que los caracteriza en su vida ordinaria, á los amigos de Pando y de Alonso atacarse y destruirse los unos á los otros, sin que ellos sientan de qué manera les toca toda esa agitación y movimientos de sus eternos y seculares explotadores. ¿Acaso verán con gozo desde sus pobres reducciones á esas gentes armadas, que pasan no lejos de sus miserables cercados camino de La Paz ó de Oruro? Van á destruirse los unos á los otros, á castigarse de ese modo tan extraño á sí mismos, de sus continuos atentados contra el pobre indio inermes é infeliz. Pero pronto un nuevo estado de cosas debe suceder á éste, y que vendrá á obligar á esas miserables indiadas á mezclarse en las disputas de sus amos y quién sabe si á tomar en ellas parte demasiado efectiva y principal.

Es natural creer que esos ejércitos de unitarios y federalistas, como han dado en bautizarse a la moderna los dos bandos opuestos, no puedan sostenerse, sino por muy poco tiempo, con los escasos recursos de que ahora disponen, y que entonces, por el agotamiento de lo propio, se vean obligados a pedir al indio lo poco que puede darle, ó arrebatárselo todo al fin, por ley de necesidad, que ha agotado ya todos sus plazos y esperas.

Se producirá, entonces, por lógica é ineludible consecuencia, un hecho en que ya deben ir pensando nuestros previsores políticos. Las indias hambrientas, ó se lanzarán por su cuenta a la devastación y el saqueo, ó se incorporarán como fuerzas auxiliares, a las de los partidos políticos en lucha, obrando por ellos. La ley de la necesidad de vivir guiará entonces a esas masas inconscientes, y la guerra social, en su forma más salvaje, vendrá a modificar las condiciones de la lucha política actual.

**

Pero, las consecuencias de todo esto, se nos dirá, apenas bosquejado con la rapidez del lápiz que cae un momento sobre el papel mientras el cajista y la prensa esperan; las consecuencias de este estado caótico, donde, en medio de la obscuridad, se ven escenas de horripilante salvajismo, ¿cuáles serán?

Nosotros dedicaremos capítulo aparte a este punto, que es sin duda el más interesante y digno de nuestra atención.

AMÉRICO.



CRONICA CIENTIFICA

Fenómenos constantes é inexplicados.—El sueño.—Teorías y explicaciones.—Contradicciones y deficiencias.—Una nueva teoría del sueño.—La hipótesis anatómica de los profesores Gogi y Ramón y Cajal.—Nueva luz para la solución de algunos problemas.—Secretos de la vida.

Aquellos actos de la vida que nos parecen más sencillos y que repetimos con más frecuencia, son a menudo los más difíciles de explicar.

¿Qué cosa más natural y ordinaria que dormir? Tener sueño y dormiros es un acto que se realiza todos los días, sin que nos cueste esfuerzo alguno, sin que nos demos cuenta de ello. Al contrario: para resistir a esta necesidad periódica es preciso un esfuerzo de voluntad poco común; y la falta habitual del sueño, el insomnio, es un estado anormal, una enfermedad.

Sin embargo, el Claudio Bernard que ha de decirnos qué cosa es el sueño, no ha nacido todavía. Ese ilustre fisiólogo, en efecto, se encontraba bien embarazado para definirlo, y prefería confesar que ignoraba su esencia y su naturaleza.

Cada vez que los tratados científicos nos dan a escoger entre un gran número de definiciones de una misma cosa, podemos estar seguros de que ninguna de ellas es completamente satisfactoria.

Se podrían llenar páginas enteras con las definiciones que se han dado de la vida. ¿Hemos avanzado mucho con ellas? Absolutamente; y de cuando en cuando vemos surgir otra nueva, que tiene la pretensión de sustituirse a las que la han precedido, pero que antes de mucho tiempo va a reunirse con ellas en la fosa del olvido.

Y encontrándonos tan á oscuras como antes sobre la naturaleza íntima, sobre la esencia de la vida, seguimos preguntándonos: ¿qué cosa es esta fuerza ignorada que está en nosotros y que hace que existamos?

**

Sucede lo mismo con el sueño,—tema que me induce a tratar el hecho de estar accidentalmente de actualidad entre nosotros el sueño provocado, el hipnotismo, aunque manejado, no por un hombre de ciencia ni con fines lícitos, sino simplemente por un especulador y con fines de lucro.

¿Nos contentaremos con repetir con Aristóteles que nuestros órganos se cansan de trabajar, y que llega un momento en que necesitan reposo? Pero no podemos ver en eso más que una causa determinante del sueño, y no una explicación de su naturaleza.

Si lo atribuimos, con Broussais, a la necesidad de descanso reclamado por las funciones llamadas animales, es decir, el movimiento y la sensibilidad, las facultades instintivas y voluntarias, veremos que esta manera de considerar la cuestión no es más satisfactoria que la adoptada por Aristóteles, y que no es rigurosamente conforme con los hechos. Nadie ignora, en efecto, que la sensibilidad no se halla totalmente extinguida en el sueño, y que los movimientos, la marcha misma, no son imposibles mientras se duerme.

¿Es preferible tal vez admitir, con muchos fisiólogos, que lo que caracteriza el sueño es la supresión de la actividad psíquica? Sin duda que la voluntad queda suprimida en ese estado; pero no puede decirse que toda la actividad psíquica se encuentra abolida. Los sueños que sobrevienen

mientras dormimos, el trabajo cerebral que se realiza durante este reposo, a pesar nuestro, es verdad, pero cuyas trazas se manifiestan á menudo al despertar, desautorizan esa teoría.

Los autores más recientes se empeñan en demostrar que el sueño depende de una suspensión periódica de las facultades superiores, y más especialmente de la conciencia.

Es indudable que es este uno de los caracteres principales del sueño. En este estado, el hombre no tiene idea clara de lo que pasa, y no es responsable de los actos que puede ejecutar. Pero éste no es más que un aspecto de la cuestión: hay en el sueño algo más que una abolición de la conciencia y de las facultades intelectuales, puesto que todo nuestro cuerpo toma parte en él y experimenta sus efectos.

Empero, ¿seremos más afortunados si, dejando a un lado los fenómenos que la observación nos presenta como una consecuencia del sueño, procuramos investigar por qué se realizan esos fenómenos de suspensión de movimiento, de la sensibilidad, de la voluntad, de la conciencia?

También en esto nos hallamos con opiniones contradictorias. Para unos, el sueño se debe a una congestión del cerebro, al paso que para otros es el resultado de una anemia de este mismo órgano.

No repetiremos aquí los argumentos que se han dado para apoyar estas opiniones, y entraremos desde luego en la exposición de la teoría más reciente que acaba de proponerse para explicar el estado de sueño por dos anatomistas distinguidos, los profesores Gogi y Ramón y Cajal.

Esta teoría es anatómica y reposa sobre el conocimiento que por medio de ingeniosos métodos se ha podido adquirir sobre la estructura cerebral.

**

Sábase que el cerebro está compuesto de una sustancia blanca que forma la mayor parte de su masa, y de una sustancia gris que, junto con servir de envoltura ó corteza delgada a la anterior, forma algunos núcleos voluminosos, profundamente internados en los hemisferios cerebrales.

Estas dos partes tienen una estructura y un papel muy diferentes. La sustancia blanca se compone enteramente de fibras, que sirven simplemente de conductores a la acción nerviosa, á lo que se llama el influjo nervioso,—todavía otra expresión que disimula nuestra ignorancia sobre la naturaleza misma de la cosa.

La sustancia gris está formada por células de dimensiones variables. Cada una de éstas comprende tres elementos principales: una pequeña masa ó cuerpo celular; un haz de filamentos ramificados que parten de la superficie de éste, y se extienden en todo sentido; y por fin, un filamento que se distingue fácilmente de los anteriores, por cuanto es más voluminoso, no ramificado y que va á perderse en la sustancia blanca de que hemos hablado antes.

Hasta hace muy poco tiempo, se creía que las prolongaciones ramificadas de las células cerebrales se reunían, se soldaban unas á otras, para formar una malla ó red, de manera que el conjunto de las células y de sus ramificaciones figuraba algo como una telaraña inextricable.

Pero he aquí que, como he dicho más arriba, dos hábiles anatomistas, uno de la escuela de Bolonia, Gogi, y el otro de Madrid, Ramón y Cajal, han demostrado recientemente que las conexiones que existen entre las células nerviosas son muy diferentes de lo que se creía.

Esos filamentos desligados que arrancan de cada una de esas células, no se unen, no se sellan, como se creía, con los de las células vecinas; son simplemente contiguos; ó se tocan apenas, ó se hallan separados unos de otros por una distancia tan extremadamente mínima, que permite al influjo nervioso pasar de uno á otro para ir á ordenar á tal músculo que se contraiga, á tal glándula que se irrite, etcétera. No de otra manera salta la chispa eléctrica entre los dos polos de una pila cuando se les acerca lo bastante, mientras que, separándolos, se interrumpe la corriente.

Pues bien: habría algo de parecido en lo que se acostumbra denominar la *mecánica cerebral*,—expresión que, sea dicho de paso, tiene el inconveniente de suponer que las cosas pasan en el cerebro lo mismo que en un mecanismo ingenioso, y que descuida el factor esencial de las operaciones cerebrales, la vida, sin la cual todo ese hermoso aparato material quedaría reducido á la inercia más completa.

Como quiera que sea,—y hecha la reserva que acabamos de formular á propósito de una expresión impropia,—durante el estado de vigilia, las células cerebrales estarían en mutuo contacto por medio de sus finas prolongaciones, y el influjo nervioso, pasando fácilmente de una á otra, permitiría que la actividad cerebral se ejerciera libremente.

El sueño sería provocado por la separación de esos mismos filamentos, los cuales, contrayéndose, no se encontrarían ya en contacto, ó quedarían distanciados por un espacio bastante considerable para que la corriente nerviosa no pueda ya pasar de una célula á otra.

El sueño sería, pues, el resultado de esta inte-

rupción, y, por consiguiente, de la cesación de la actividad cerebral.

**

Hay que reconocer que esta teoría es seductora. Aunque no sea más que una hipótesis, es, en todo caso una bonita hipótesis.

Se sabe que cuando el sueño no es muy profundo, el cerebro goza aún de cierta actividad, que se traduce por los sueños, por una percepción más ó menos distinta ó confusa de las impresiones causadas por los objetos exteriores. Con la nueva teoría, eso se explica fácilmente. Ello depende de que no todas las ramificaciones celulares se contraen á un mismo tiempo, y que, mientras unas han entrado en el período de reposo, otros conservan todavía su actividad. El sueño nos va invadiendo gradualmente, nos dormimos poco á poco, á medida que las ramificaciones van separándose.

Las facultades intelectuales de orden superior, son las primeras que se suspenden, porque son las que exigen la integridad cerebral. ¿Quién ignora que la primera manifestación del sueño coincide con la abolición de la voluntad?

Si los sueños presentan aquella incoherencia, aquella falta de ilación lógica que todos han podido comprobar, es precisamente porque se sustituyen á la agrupación normal é integral de las células, agrupaciones parciales, que subsisten todavía mientras otras se disgregan.

El despertar no se efectúa con igual facilidad en todos los individuos. Mientras unos tienen el despertar rápido y recobran inmediatamente toda la integridad de sus facultades físicas é intelectuales, los otros tienen el despertar mucho más lento, más penoso, no se recobran sino paulatinamente.

Para convencerse de la exactitud de esta observación, compárese el despertar de un niño con el de un anciano. Tan rápido y satisfecho es el del uno, como lento y penoso el del otro. Es porque, en el primero, la contractilidad de las células cerebrales funciona más fácilmente, por cuanto la materia viviente, el protoplasma que las llena, posee entonces su máximo de actividad. Esta regla es general para toda célula joven.

Y luego, hay que tomar en cuenta las particularidades individuales. Si se pregunta por qué entre personas de una misma edad el funcionamiento de las células cerebrales es más rápido en unas que en otras, se podría contestar con estas otras preguntas: ¿por qué hay individuos inteligentes y necios? ¿por qué hay unos juiciosos y otros que no lo son? ¿por qué hay personas de cabello liso y otras de cabello crespo? ¿por qué hay diversidad de estatura, de color, de forma, de potencia perceptiva? Ese es el secreto no penetrado de las fuerzas vitales.

El porvenir nos dirá qué suerte ha de correr la nueva teoría del sueño. En todo caso, la verdad es que ninguna otra se ha presentado hasta aquí con apariencias más atrayentes.

DOCTOR ANDES.



¿VOLVERÁN?

Ya se van acortando las tardes, bien mío, ya más pronto las gotas del fresco rocío descienden al cáliz gentil de la flor, ¡ay! ya el sol de mis sueños brillante declina: ¡ay! muy pronto la negra y audaz golondrina, se irá para siempre... ¡con ella mi amor!

¡Cuántas veces al ver sus bandadas entre nubes y mares lanzadas girando y siguiendo su errante volar, he doblado con pena la frente pensando, y pensando tristísimamente: «¡Huyeron! ¡huyeron! mas ¡ay! ¿volverán?»

Cuando el suelo se llene de flores, y las selvas de alegres rumores, y los cielos de espléndida luz, ¡y las almas de loca esperanza, vendrán como un sueño de dicha que avanza abiertas las alas, teñidas de azul!

Mas ¡ay! que en las plazas que vieron su nido murióse alguna de amores y olvido, y yo, con acento de horrible dolor, diré sollozando:—«¡Parad, peregrina, golondrina, feliz golondrina, ¿Qué fué de tu hermana? ¿qué fué de mi amor?»

Ya se van acortando las tardes, bien mío! ya más pronto las gotas del fresco rocío descienden al cáliz gentil de la flor... ¡ya se van deshojando las rosas! ¡Por lo mismo que son tan hermosas, ¡se van para siempre! ¡con ellas mi amor!

¡Cuántas veces al ver los fulgores del sol, que sus hilos de ardientes colores quebrara en las hojas del seco rosál! he mirado con pena las hojas marchitas y he gemido con ansias de amor, infinitas: ¡Huyeron! ¡Huyeron! mas ¡ay!—¿volverán?

Cuando el sol oscurezca sus rayos sangrientos y lloren las lluvias y giman los vientos cual notas perdidas de un triste laúd que pulsa un anciano que trémulo marcha entre lluvias y vientos y escarcha mirará como muere la sombra en la luz.

Cuando torne a lucir Primavera si despunta un capullo siquiera, diré con acento de horrible dolor mirando las hojas y el tronco marchito: «Tu vida fué breve, mi amor infinito..... ¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor?

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! ¿Por qué, vida mía, no rasgas mis nieblas con rayos del día, no ahuyentes mis brumas con auras del mar? Yo soy desgraciado, yo soy peregrino, y pronto siguiendo mi errante camino a un mundo que rie me vuelvo a llorar!

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han (hecho con chispas de rayos, tu cándido pecho con flores del valle, tus labios con miel, tu voz con arpegios de notas perdidas..... tus ojos parecen estrellas dormidas, tus labios las hojas de abierto clavel!

Yo tengo tres astros que alumbran mi frente, que animan el ansia constante y ardiente que salta en mi loco febril corazón sediento de gloria: el sol por el día, la luna que rasga la noche sombría, de noche y de día tu imagen, ¡mi amor!

¡Ya se van acortando las tardes, bien mío! ya más pronto las gotas del dulce rocío refrescan las flores con lánguido afán.... ¡Ya se van estas horas divinas! ilusiones de amor, golondrinas.... luces.... flores.... mas ¡ay! ¿volverán?

CARLOS FERNANDEZ SHAW.



MÚSICOS CALLEJEROS

A altas horas de la noche, apoyado sobre un muro de esos callejones de la vieja Barcelona, a la vaga claridad del gas, hemos visto cinco veces destacarse la silueta de un ciego. Si no llevamos prisa y no hace viento, y en el café ó en el casino no nos aguardan los amigos, nos habremos detenido un momento a contemplar aquella sombra tocando el violín de un modo planímetro, y habremos pasado de largo con la mayor indiferencia. Lo más que habremos hecho si hemos tenido valor de sacar la mano acurrucada en el bolsillo por el frío, habrá sido echar maquinalmente una limosna en el sombrero tendido sobre el húmedo pavimento, sin detenernos la compasión delante de aquella misera estatua del infortunio.

Alta y miserablemente vestida, aquella silueta nadando sus pies sobre un mal calzado, apretando su pobre cuerpo dentro de estrecho sobretodo abrochado más para ocultar miserias que para combatir el frío, destacase su cabeza dulcemente inclinada sobre el vetusto instrumento. Es su rostro de una palidez verdusca del color del hambre y cuyos ojos no tan sólo cerrados a la luz, sino a su mismo calor benéfico; caen las líneas de su cara sin un pliegue de alegría, dóblanse sus espaldas, cansadas de llevar el peso del pensamiento por la tierra, é indica la figura entera un cuerpo que vive solamente para servir de mortaja al alma de un artista desgraciado.

Porque es verdad que existen artistas entre esos músicos callejeros: verdaderos entusiastas de un arte que sienten con toda la efusión de enamorados; fieles devotos que con la música sueñan y palpitan y por ella viven y sólo por ella les es llevadera su pobrísima existencia, porque sin amar este arte serían muertos en vida, sin auras, sin crepúsculos, sin la embriaguez del color, sin una sensación de las que pueden disfrutar con sólo abrir los ojos al espacio todos los demás mortales; aquella eterna noche que sufren, sería la noche de la tumba a no gozar un destello de la obra por medio de los sonidos.

Por ellos pueden saber que existe un algo que tampoco ven los demás sin los ojos del espíritu, un fluido de armonías superior a la materia, que vuela invisible para los indiferentes; un aliento de arte que pasa llevado por la brisa sin mancharse en el lodo de ese mundo; y ¡ay! del pobre que no se agarra a este tabla salvadora y cierra la única puerta por donde puede entrar la claridad dentro de aquella obscuridad sin fondo!

De esa luz sin luz y de esa visión interior, alimenta su triste vida nuestro artista callejero. Hay

que observarle una vez para ver que en el fondo de aquel sobretodo palpita un corazón amantísimo, un temple de alma que no lleva un cuerpo que merece. Hay que oír con compasión, las quejas mal expresadas de su envejecido instrumento, para comprender al hombre que presintiendo lo bueno y no oyendo más que lo malo, todo el cariño, todo el fuego de su vida lo guarda para su pobre música, que es la única que le guarda palabras de dulcísimo consuelo y para su violín que aún mostrando las entrañas por sus grietas, destartado y bruído, es el solo compañero de su existencia solitaria.

Allá, en un ángulo perdido de arrabal, debajo de un arco desierto, hay que ver con qué ternura saca de la apollada funda su roto *stradivarius*; hay que ver la suavidad exquisita, el tacto del ciego con que estira las cuerdas cual si fueran fibras de un cuerpo idolatrado; hay que ver la dulzura con que se apoya a flor de labio, dejando caer la macilenta cabeza, sobre aquel trozo de carcomida madera, y la efusión con que pulsa las notas que han de brotar como lamentos tristesísimos.

Es que, aunque pobremente armoniosa, su vieja música es hondísimamente sentida.

Trozos de ópera borrados de la memoria de todos, cantos de un día que callaron con la moda de otros tiempos, lamentaciones que suenan como quejas de nuestros padres, ayes muertos, soñadoras melodías, voces descoloridas como coronas de tumba, la sombra de un repertorio marchito que despierta el recuerdo de una juventud lejana, las apagadas cenizas removidas a ciegas por un ciego: estos son cantos.

Los cantos que crispan sus dedos y ponen sus nervios temblorosos, es la música que de boca en boca ha llegado a sus oídos, es la que hace temblar sus fibras, y tócala porque responde mejor a sus tristezas, porque necesita su alma de armonía, como de pan su cuerpo y de aire sus pulmones, porque no puede suspirar sin ella, y ella llora por él, porque es la única que en su inocente lenguaje, tiene notas de niño que lleven una voz de ángel a su dolorido espíritu.

¡Pobre artista! cuida más de su arte con todas sus rebeldías que de recibir la limosna, que tanto y tanto necesita para su cuerpo aterido! Entristécete más la soledad en que toca, no sentir un alma que le escuche, que el desamparo en que vive! Pide porque ha de pedir, pero en el fondo de su miseria prefiere la compasión por su pobreza; más agradecido queda a la miserable dádiva atenta del corro que se detiene a escuchar las quejas de su violín amigo, que a la valiosa moneda que puede caer del viandante apresurado.

¡Con qué fervor, con qué aliento hace hablar al violín al sentirse escuchado de los anónimos transeúntes que constituyen su público! ¡Qué lamentos cruzan del pensamiento a la mano, haciendo temblar las cuerdas como eco de otras cuerdas de su alma, y qué corrientes de fuego se deslizan por aquel cuerpo, de un modo misterioso! Da grima el pensar el frío que encuentran aquellas notas al entrar por el oído de tantos indiferentes, y apenas el ánimo lo mal correspondido que es tan sincero entusiasmo por su infortunada música. Porque, cuanto más se esfuerza el pobre ciego en decir lo que diría con lágrimas a tenerlas en los ojos todavía, cuanto más suplica a su intérprete que explique en su lenguaje lo que en sonidos puede decirse solamente, más se entorpecen los cantos de su lira, más indóciles secundan sus dedos a sus profundos suspiros y más y más torpes responden las cuerdas de afuera a las fibras que dentro se agitan nerviosamente.

Por fortuna (¡bien relativa!) con público ó sin él, falto de habilidad ó sobrado de sincero entusiasmo, tocar es su misión y su consuelo, y lo mismo toca entre el bullicio de una ciudad populosa que tocaría en la soledad del desierto. Ni le espanta la noche (que noche es siempre para él), ni los elementos le espantan. Haga frío ó humedad, soplo el viento del norte ó el vendaval más deshecho, él no abandona su esquina, tocando en ella como apartado de mundo, con la misteriosa inconciencia de los pájaros y cumpliendo una necesidad de su concentrada vida.

A veces transcurren horas de horas sin recibir una limosna; quéjase los vecinos otras veces; quéjase un enfermo de aquella música que entristece su ánimo adolorido, atúrdele el ruido de algún coche que pasa a su lado atolondrado, sigue a éste el profundo silencio de la noche, y él, inmóvil siempre, casi incrustado en el muro, como objeto indiferente, soporta esto y mucho más, con la resignación del que sabe que si su arte es para él un consuelo, para el egoísmo humano es un molesto ruido.

Apaciguado el de las calles, tarde y dormido todo, llega un muchacho a buscar a nuestro ciego. Cogido de la espalda sin saber por donde anda y, alta la cabeza, como volando en un profundo vacío, sigue por aquellas calles andando en busca de su vivienda, de su misera vivienda perdida en aquel bosque de casas, en el rincón más recóndito. Duérmese allí, mecándose a sí mismo, con sus canciones repetidas por el eco de su memoria, soñando quizás en la luz, esperando un mañana siempre igual, un día más andado en un camino de invierno que, cubierto de eterna nie-

bla, conduce a un desierto de sombras, y aquel sueño venturoso porque le ahorra momentos de su vida, para acabar con ella quisiera él que fuese el último.

Y llega la mañana siguiente, pero llega también sin aurora para el pobre ciego, que de nuevo ha de seguir su camino; duélele tanto seguirlo, que a veces jústase con otros desgraciados para entre todos llevar a costas el dolor de todos, para sufrir en comunidad y consolarse mutuamente en los viajes que emprenden por los pueblos.

Suele ser en verano, fórmase en cople un contrabajo, otro violín y un clarinete, ciegos todos menos el acompañante. Cogidos uno de otro cual cadena de desdichas, cien veces les he visto bajar azorados del tren, andar cansados por las blancas carreteras, subir las cuestas y descender los atajos como perdidos en el mundo, marchando a tientas por el sin rumbo determinado.

¡Qué viajes los de esos hombres! Sin paisajes que ver, ni colores que admirar, como las nubes caminan empujadas por el viento. El cielo no tiene azul para ellos, ni el mar espuma, ni reflejos el agua, ni sombra y verdura el bosque.

Van de una parte a otra viajando siempre de noche, una noche sin luna y sin matices; no conocen del país que atraviesan más que el nombre, de las mujeres la voz, y por la indiferencia los hombres. Van cual extranjeros del día, y aunque aman la soledad van donde reina el ruido porque de él han de vivir, van a recoger las migajas que caen de un pueblo que se divierte y a sentarse más tristes al lado de la alegría.

En las fiestas mayores, cuando en las salas del casino ó del café, el mundo invade la atmósfera y todos se agitan, regocijados entre la gritería, les veréis en línea tocando pacientemente; veréis entre ellos destacarse nuestra silueta, adolorido el rostro y triste, con la profunda tristeza de sentir ahogada la voz de su violín por aquel clamor del vulgo, indiferente a todo arte, ¡vulgo estúpido, que le soporta porque no oye su voz, y que no da para sentirle, sino para que enmudezca! Otras veces le veréis tocando en un baile, llevando el canto y la alegría arrancada del fondo de sus penas.

Al compás de su música, amargamente animada, veréis rodar las parejas en voluptuoso torbellino; oiréis sonar las carcajadas y deslizarse las palabras amorosas al oído, y podréis ver a nuestro ciego, que siente la felicidad a su lado, llorar vales y mazurcas para que otros las disfruten y aspirar el viento de los vestidos como brisas del amor que hace bullir en su alma sensaciones que tampoco para él se inventaron. Veréisle, en fin, y quizás le veréis dichoso, tocando allá en el alto coro de la iglesia. Allí, al menos, su violín es escuchado, allí encuentra la paz para su música; y aspira allí el perfume del incienso entre aquella quietud arrobadora, como dormido en un baño de silencio.

Pero do quiera que le veáis, de día como de noche, en verano como en invierno, tenéis que verle acompañado de su violín inseparable, que sin él uno no puede existir el otro. La última vez vile tocando la *Traviata* en un camino desierto. No sé si ensayaba ó esperaba una limosna que no había de llegar. Quizás el mismo no lo sabía. Tocaba quizás por instinto ó por costumbre, quizás para consolarse, por olvidar quizás las miserias de un mundo que tendría que abandonar sin siquiera haberlo visto.

SANTIAGO RUSIÑOL.



MEDALLÓN

Es tu cuerpo escultura tan hermosa, que en mármol traducido asombraría, pues el tuyo, a mi ver, es más perfecto que la estatua mejor del griego Fydias.

Es tu rostro tan bello, que subyuga, fiel representación de algo divino, y hay en él más color, luz y armonía que en la famosa Virgen de Murillo.

Son los besos que das, hermosa mía, más dulces que la miel del monte Himeto, y en ellos, tú más poesía encierras que en sus poemas el sublime Homero.

Es tu voz argentina y melodiosa como el dulce trinar de los violines, y hay en ella más dulces melodías que en una partitura de Rossini.

Pero, a pesar de ser tu cuerpo tan perfecto, de ser tu rostro belleza peregrina, de dar besos que son más que un poema, y ser tu voz sublime melodía, te falta lo que nadie en este mundo, por más genio que fuese, podrá darte, y es el alma, ese algo indefinible, con que Dios diviniza a los mortales.

JULIO CASTELLANO.)

EL CUENTO AZUL Y EL CUENTO NEGRO

—No quiero, no quiero acostarme si papá no me cuenta un cuento.

El niño entra disparando en el despacho de su padre que, sentado a su mesa de trabajo, está graduando la luz de un quinqué con pantalla verde.

El niño trepa por las rodillas del papá plantando su manita sucia encima de unos papeles blancos. El pobre hombre se la coge, la besa y separa apresuradamente los papeles. Una mujer como de cuarenta años, de aspecto algo severo, triste, pero de dulce fisonomía, entra en la habitación pausadamente.

—Aquí tienes a éste que no se quiere acostar si no le cuentas un cuento. Te empeñas en darle esos mimos....

—¿Y qué quieres, mujer? Los chicos los dan de sí.

—Un cuento, papá, un cuento.

—Vamos a ver, ¿qué cuento quieres; el de María Sarmiento?

—No, ese es feo, no quiero; otro muy largo.

—¡Bueno! Entonces te contaré el del rey que tenía tres hijos y los metió en tres botijos....

—Tampoco, no quiero; eso no quiero.

El chiquitín tira rabiosamente del bigote ya encanecido de su padre, que acaricia deleitosamente la suave cabellera del pequeñuelo.

El digno matrimonio amaba con delirante ternura a su hijo. El padre añadía la debilidad al cariño. Aquel diablillo angelical vino al mundo cuando los que le dieron el sér contaban más de cuarenta años. Hasta entonces pasaron una existencia apacible, algo lánguida, porque en el corazón de los dos latía el deseo de tener un hijo, que durante tantos años Dios les había negado. Pero, por unos de esos hondos caprichos de la naturaleza, a los quince años de matrimonio estéril la madre se sintió en cinta, y el diablillo, que ya contaba seis años, lanzó sus gritos de pájaro y atrajo rayos de sol hacia el tibio y reposado hogar. Le pusieron por nombre Manuel, como el hijo de Dios.

El hombre redobló sus esfuerzos en el trabajo, al que siempre asiduamente se dedicó. Tenía que mirar por aquel hijo, hacerle todo un hombre que figurase dignamente en sociedad, y hasta procurarle una fortunita que atenuase el dolor de la nunca bien llorada ausencia de los que nos dieron el sér.

—¡Qué bonito! qué bonito, papá! ¿Me contarás mañana otro?

—Si eres bueno, sí; pero has de ser obediente y juicioso.

—Sí, será bueno, papá; si será bueno, y tú no me regañarás. ¿Verdad que no me regañarás?

—¡No, hijo mío, no!

El pobre hombre envuelve al niño en inagotable mirada. La tierna manecita le acariciaba el rostro dulcemente; le pellizcó cariñoso, y tapándole los ojos, la vocecita adorada le dijo:—¿Me ves, me ves?

De los cansados ojos del padre feliz se desprendió una lágrima, mudo grito de felicidad inex-



SRA. CENTENO S. DE LÓPEZ
APLAUDIDA CANTANTE ARGENTINA

presable; tributo de agradecimiento a la naturaleza pródiga y holocausto a Dios.

Manolín, en sus brazos, va cayendo poco a poco en tan apacible quietud. Sus manos se agitan débilmente como alas de ruiseñor que siente frío, su respiración va haciéndose más acompasada, y no hay duda, el niño se ha dormido al suave contacto del tul de la *dama blanca*, donde se refugió huyendo del feo espectro que se parecía al hijo del rey, que dió la muerte a su padre, fantásticas figuras que pueblan los horizontes del cuento azul.

La habitación, en silencio, casi tiene religioso aspecto, ambiente de cuadro de Murillo. La luz del quinqué, amortiguada por la pantalla verde, parece a la imaginación rayo de sol que se filtra por la persiana en las horas de la siesta.

La madre con el brazo apoyado en el sillón de su marido, le mira sonriente, gozándose en contemplar, uno en brazos del otro, aquellos dos pedazos, aquellas dos mitades de su corazón, el hijo y el esposo.

—Vaya, damele—dice al fin cogiendo al pequeño que, con el movimiento, lanza un fuerte suspiro y sigue durmiendo. Y tú acuéstate pronto, que te quedas aquí frío y luego te sientes mal.

—Pronto voy, no tengas cuidado.

Los papeles volvieron a ser puestos en orden de batalla. Veíase una *Memoria*, planos y hojas sueltas. El hombre, pluma en mano, se metió por entre aquel laberinto, formado por largas filas de números. Allí había cálculos, cavilaciones, todo un admirable mundo pitagórico que parece inventado por el diablo para poner en orden a la humanidad.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Como dice Dumas en *Los Mosqueteros*. Declina la tarde de un frío y triste día de enero. En una habitación amueblada con elegancia, están dos hombres, uno joven y otro viejo. El viejo, sentado junto a la chimenea, en la que arden dos leños, cubre sus piernas con una manta, siguiendo con débil y triste mirada al joven, que se pasea a lo largo de la habitación.

Si vierais aquella mirada, no tendríais que preguntar la clase de parentesco que existía entre los dos; las miradas hablan, y aquella decía con toda claridad:—¡Hijo mío!

La luz del día va haciéndose poco a poco más mortecina; parece que se desgarran en girones arrastrándose por paredes y tapices y destacando todavía los tonos claros que no ha inyadido la obscuridad roplegada en los oscuros ángulos.

El silencio fatigoso que pesa sobre la estancia se interrumpe al fin, y el elegante joven dice parándose de repente:

—Hoy no me esperes a comer.

—¡Válgame Dios! lo mismo que ayer.

—¿Qué quieres? son compromisos....

—¡Como tan poco! Estando tú me animo algo.

—¡Pues no lo entiendo! El caso es tener apetito; si no lo tienes lo mismo comerás estando yo que no estando.

—No, hijo, no es lo mismo. Pero en fin.... ¿qué se le va hacer? Lo que si quisiera decirte es.... que ha llegado a mí una noticia que me entristece, por tí, no por mí.

—Vaya, alguna tontería—dijo el mozo, mostrando gran contrariedad, adivinando por el tono de la voz de lo que su padre iba a hablar.

—Ha llegado a mí por conducto digno de fe.

—En fin, sepamos....

—Tú frecuentas el trato de una persona a la que parece demostrar excesiva predilección.

De los gastos que eso te origina, nada te digo, sino que seas prudente. He acumulado día por día el fruto de mis largos días de trabajo.

—¡Tuyo es todo; yo necesito ya tan poco! Pero temo que un día veas el fin. Tú no sabes eso lo espantoso que es; sí, es mucho peor que la muerte.

—¿Qué lúgubre te pones por una tontería!

—No es tontería; temo que te pongas en ridículo y que esa mujer luego te haga padecer.

—Bueno, dejaremos esta conversación—dice el mozo con irritado tono,—porque, si no, sólo conseguiremos incomodarnos. Te participo que todo eso es un cuento que te han contado, un cuento nada más. Hasta luego.

Salió de la habitación apresuradamente. El pobre viejo lanzó un ¡ay! tristísimo que impregnó de dolor la semiobscuridad de la estancia.

No era el reuma de las piernas, era el desvío filial que le punzaba el corazón.

—¡Un cuento! ¡un cuento!—decía—como si esta palabra resucitase el recuerdo de aquellos que le pedía antes de acostarse el tierno niño de la cabeza rubia y de las manecitas de cera.

Un sollozo se le subió a la garganta, queriéndole ahogar. Clavó sus ojos en la pared que tenía a su frente, y en la que más bien adivinó que vió el retrato de la que fué amantísima compañera de su vida, muerta hacia cuatro años. Tendió hacia la imagen querida sus brazos, diciéndola con voz llorosa:

—Ya ves, ¿de qué le sirvo yo ya? Llévame, llévame contigo.

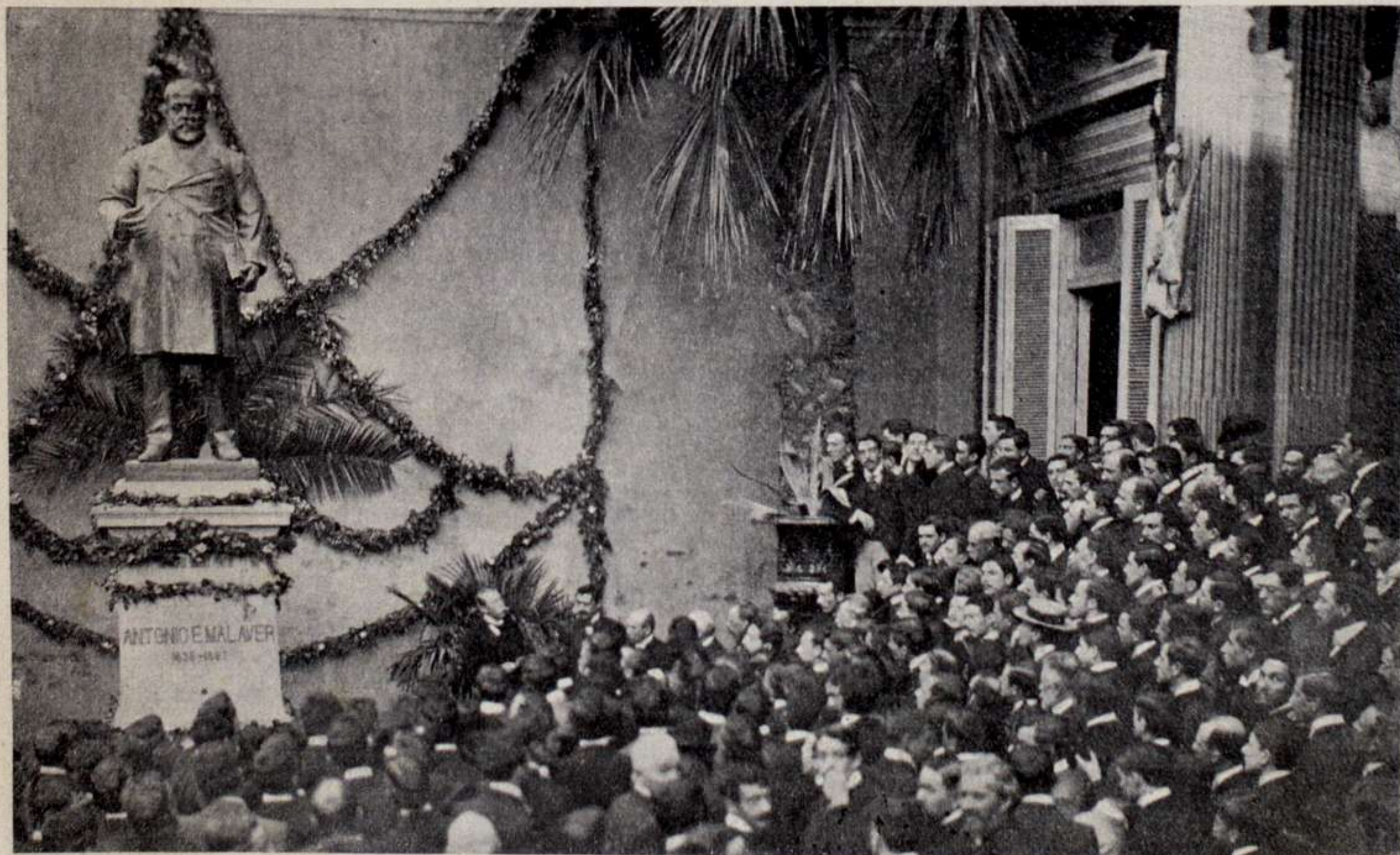
M. FERRER Y LALANA.



Por Fiestas y Teatros

Ya entramos en activo período teatral: esta otoñal antesala de la temporada de invierno se presenta bien, y en el «San Martín» y en el «Politeama» y en los teatros del género chico, novedades o cosas casi nuevas han distraído la atención del público que mata el ocio en los espectáculos.

Pronto también, tendremos entre nosotros la compañía de



BUENOS AIRES — INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DEL DR. ANTONIO E. MALAVER

la «Opera» y se halla en viaje la del «Teatro Español» con María Guerrero y su muy aplaudida cohorte de actrices y actores que, después de un éxito completo en el «Teatro de la Reina Amelia» de Lisboa, están en camino para nuestra culta y populosa capital.

Digamos dos palabras, completando los antecedentes que en pasados números hemos anotado en estas columnas, sobre las obras de reparación que el señor Da Rosa, representante de aquella eximia actriz ha realizado en el «Odeón», resultando así el lindo teatro de la calle de Esmeralda, el que reúne mejores condiciones y comodidades para el público, y siendo a la vez, de gusto bien entendido y de elegante aspecto toda la parte decorativa y de adorno del mismo.

El señor Da Rosa se ha propuesto hacer de él algo semejante al *Español* de Madrid, y va a conseguirlo. Lo único que quedará, de cuanto había antes, serán los asientos, y esto porque no ha habido tiempo para sustituirlos por verdaderas butacas, como las que hay en el teatro arriba citado.

La sala estará caldeada por medio de caloríferos eléctricos, que mantendrán siempre la misma temperatura, y un doble juego de cortinas de terciopelo y de cancelas de cristal evitará las corrientes a la entrada y salida de los espectadores.

La temporada comenzará a primeros de Mayo, pues la compañía se ha debido embarcar en Lisboa, el día 10, a bordo del vapor «Cordillera».

La compañía de la señora Della Guardia en el «San Martín», ha justificado los títulos y méritos que la crítica artística le había asignado en sus giras artísticas por el mundo entero. *Magda*, *La secondamoglie* y *L'Altro*, son las obras de que vamos a emitir breves conceptos, especialmente de esta última comedia dramática, la novedad que más ha excitado la curiosidad de los inteligentes.

Ya en otra ocasión hemos emitido franca y severa opinión sobre *Casa Paterna* o *Magda*, y no es cosa de repetirlo, en esta ocasión: esto, cuanto al autor y sus tendencias... antisociales. Cuanto a la ejecución, diremos que la señora Della Guardia, a pesar de no encarnar en el papel, estuvo bella, elegante, despreocupada, muy... como quizás no hubiese querido estar en ella, pero... era su rol (?) de escena.

Los demás artistas, bien, en el cuadro doméstico de la obra, señalándose el señor Bonfiglioli por su ajuste en el papel de viejo coronel; la señora Vestri en el de Francisca, la señorita Bassi en el de Maria, y el señor Bertí en el del pastor Hefterding, si bien le faltó para el caso algo de mesura y reposo en la dicción.

La comedia de Arthur W. Pinero, *La secondamoglie*, nos proporcionó una hermosa velada artística; desde el principio, el éxito flotaba allí, y el público proclamó las bellezas de la comedia con aplausos entusiastas en las situaciones más relevantes de las escenas, y sobre la tesis que es el fundamento de la obra.

Esta se resume en un concepto preciso y bien definido.

Cuanto se haga por levantar de su postración moral a una mujer caída y perdida entre el fango, será un trabajo inútil y tiempo perdido. Y cuánta fineza de observación, cuánto detalle justo, cuánta sana y verídica filosofía surgiendo de cada una de las situaciones que, refinado espíritu de psi-

cólogo manifestándose a través de todos y cada uno de los pormenores, cuánta verdad, cuánta naturalidad, qué dominio tan absoluto sobre la escena, sobre los caracteres que pugnan en ella, sobre los personajes y sobre el público! «El porvenir no es otra cosa que un pasado al que se entra por una nueva puerta.» Ahí está concentrado todo el pensamiento superior de la pieza, todo el concepto filosófico a que la pieza obedece.

Todas las sutilezas de su alma de mujer, todos los entusiasmos de su alma de artista, en *aquello* que encarnaba en sus íntimas convicciones, tuvieron en la señora Della Guardia, intérprete feliz, y su talento brilló haciendo una admirable Paula, desarrollando, especialmente en el tercero y cuar-

ciente y malo, que en estado de sonambulismo ejecute actos más o menos punibles que en su estado normal no recuerda y rechaza y que por nada del mundo quisiera haber cometido. Esa especie de neurastenia criminal inconsciente, se acepta en principio como caso de estudio, en ciertas escuelas científicas... pero, ni convence ni está en las costumbres y usos de nuestra sociedad. Cuentos y novelas en que la fantasía de más de un autor notable ha desarrollado esta tesis, llevan al ánimo pacífico pasatiempo, sin interesar una fibra del corazón ni hacer vacilar la más endeble de las convicciones.

En el teatro... es otra cosa: la impresión, más efectista, es más viva, pero aun así, no arrastra al buen sentido del espectador a un aplauso sostenido; se admira la *factura*; así el segundo y el tercer acto, se sostienen, pero el cuarto... decae, y decayó a pesar del trabajo excelente, superior del Sr. Maggi en todo el acto al convencerse que el procurador del Rey ha cometido actos de robo en compañía de otros criminales en estado de sonambulismo. La escena del médico hipnotizando al procurador para que confiese todo lo hecho, nos pareció un poco falsa.

Además del señor Maggi tenemos que citar al señor Bonfiglioli, en el papel de médico, y Bracci en el de Carlos Dichert, que los detallaron é hicieron bien.

La primera representación de *Mefistofeles*, en el «Politeama» estuvo bien, en general y fueron justamente aplaudidos sus cuatro principales intérpretes señoras Panizza-Stinco y Longhi, y señores Castellano (Fausto) y Rotoli (protagonista), pues los coros flojearon a veces en cuanto a entonación y ajuste de tiempo. El final del prólogo obtuvo los aplausos que son ya de rigor en este número; como es de rigor también aplaudir el cuarteto del Jardín, y aún repetirlo, como se hizo.

El tenor Castellano, a quien se esperaba con interés en esta obra, estuvo regular en los tres primeros actos, flojeando bastante en el cuarto, cuyo andante *Forma ideal* vertió con una vacilación y hasta desajuste que malogró su belleza; pero se recobró a sí mismo en el Epílogo, cantando con estilo y buena sonoridad la famosa romanza, que se le aplaudió

mucho y se le hizo repetir.

La señora Panizza-Stinco se hizo escuchar, como siempre, con mucho agrado, descollando en su aria de la prisión, que le valió un largo aplauso.

Correcto y acertado el señor Rotoli como protagonista, y muy bella la señora Longhi en su doble papel de Marta y Pantalís.

En la «Comedia» el arreglo para la escena de la preciosa novela de Arturo Reyes, *El lagar de la Viñuela*, tuvo un éxito pasajero.

A pesar de haber ajustado el señor Alegret, bastante bien aquellas situaciones, conservando los principales rasgos de los tipos que en ellos figuran, a las necesidades del espectáculo, y de que la música del maestro Reynoso es digna de aplauso, fandangos, granadinas, dúos, *toda aquella* es... poco nuevo: trae reminiscencias de todas partes, y se aplaude... porque agrada, pero... nada más.

En resumen, obra de poco cartel, en la que tra-



LA BELLA GUERRERO

to actos toda la fina observación de sus facultades investigadoras y reflexivas. Maggi hizo un buen Aubrey.

La Vestri, muy bien en su papel de amiga mayor de la casa, y Masi muy correcto en el suyo de Cayley. En cuanto a Bertramo, insuperable en su *machietta*, y la Bertí Masi... discreta en su casi insignificante tarea escénica.

Y vamos a la comedia dramática de Pablo Lindao, *L'Altro*, de tesis criminalista, que está magníficamente escrita y sus escenas combinadas con mucho arte y conocimiento del teatro, sobre todo el primer acto, que a pesar de adolecer de largo, pues dura más de una hora, no cansa al espectador, por estar la exposición, tipos, caracteres y diálogo, todo en conjunto, hecho con mucho talento.

Trata de probar el autor, en esta obra, que en la humanidad, cada ser tiene dos esencias, una buena y otra mala, y que esta segunda, ayudada por relajación nerviosa producida por exceso de trabajo mental o por fuerte conmoción sufrida, puede transformar el ser consciente en incons-

bajaron todos los artistas regularmente, y sobre todo la señora Colom y los señores Ruiz, Vega, Perdiguero y Banquells.

Un beneficio, el de la tiple Amalia Alonso Colom, fué otro de los éxitos del pequeño teatro de la calle de Artes. Lo que más gustó fué la piececita de Pedrosa, *De gustos no hay nada escrito*, en la que la beneficiada, Ruiz y Perdiguero, estuvieron... como el arte manda.

En los *Zangolotinos*, otra de las piezas del programa, se sacaron a escena los regalos y las *corbeilles* de orquídeas y rosas. Entre los obsequios que adornaban el camarín de la señora Colom, había unos pendientes de brillantes, una pulsera de oro con candado de brillantes, un corazón con brillantes, una pulsera de oro, un tartejero filigrana con iniciales de oro, un juego de reloj y candelabros, una bombonera de plata y cristal, una bizcochera de idem, dos estatuillas de biscuit, una polvera, un centro de mesa rodeado de flores y dulces, una capa de pieles, dos palmatorias, una sombrilla, un cuello de gasa y *banduty*, dos jarrones, etc., y una infinidad de canastillos de flores. Total: un «éxito» de regalos.

Cayeron con buen pie en el «Victoria» *Los Fulanos*. Mucho se ha visto de este género excéntrico-musical; pero éstos, a pesar de que hicieron conocer «cosas muy conocidas» con algo nuevo, se hicieron escuchar con deleite por su excelente ejecución, mereciendo, sobre todo, aplausos entusiastas su joven director, don Joaquín Zamacois.

La ejecución, limpieza perfecta, colorido y sentimiento de que el señor Zamacois ofreció prolija muestra en su instrumento, la bandurria, poco grato por sí, primero en la sinfonía de *Guillermo Tell* y luego en la «Serenata Española» de Métra, dejaron admirado al público, que no se cansaba de aplaudirle estrepitosamente, y le pidió una pieza más. En manos del señor Zamacois la bandurria, parece un instrumento desconocido, con poesía propia y con un verdadero caudal de secretos de sonoridad finísima, que se presta a producir los giros más graciosos, insinuantes y delicados. Una notabilidad, en suma, es en este concepto el señor Zamacois, como ya se lo dijeron los diarios de Santiago de Chile, donde había conquistado antes lauros y aplausos justísimos.

La pieza *Artistas originales*, que es un apropiado cortado por el patrón común, para motivar el desfile, ante un empresario, de los cuatro Fulanos bajo diferentes disfraces, y tocando cada vez distintos instrumentos u objetos convertidos en tales, no tiene mucha fuerza como pieza escénica, pero entretiene por la discreta vis cómica que en ella emplean los Fulanos, principalmente su director Zamacois, que sobre dialogar con gracia, volvió a hacerse aplaudir ruidosamente cantando un dueto con Zutano (el joven tenor Prudencio Soler), luego unas peteneras, acompañándose con la guitarra; hubo de repetirlas, y por fin tocando la pandereta y bailando admirablemente coronó la noche.

Fuó también aplaudidísimo en dicha pieza Perengano, ó sea don Santiago del Pulgar, por la preciosa marina que a la vista del público pintó en dos minutos, después de haberse lucido como actor de gracia cómica.

Y demos fin á nuestras notas quincenales con el teatro de «Mayo», en el que el beneficio de Juárez atrajo numerosa concurrencia.

Y Juárez trabajó bien en las cuatro obras del programa, sus verdaderas creaciones artísticas, en que, discreto y oportuno a la vez, supo lucir (como siempre que no abusa por «lo extremo») su natural vis cómica, y recordarnos los buenos tiempos en que trabajaba por hacerse un nombre. ¡Muy bien!

Los borrachos produjeron la misma buena impresión que en el estreno. En el *Dúo de la Africana* contribuyó mucho al éxito del conjunto la Montilla, que en el primer cuadro estuvo elegantísima y cantó como ella sabe. Juárez hizo derroche de *esprit*, y Tapias cantó valientemente la jota. Se estrenó la *Mari Juana* de Jackson y Valverde, y gustó bastante.

Tuvo el beneficiado regalos de gran valor. Entre la enorme cantidad de estuches y flores que llenaban el camarín, anotamos:

Una gran estatua y reloj de ágata, la empresa; una cigarrera de plata oxidada, de F. Mesa; un juego de tazas de té de porcelana, Caba y señora; un juego de boquillas de ámbar, de A. Tapias; una cigarrera, de Perú y señora; recado de escribir, cuero de Rusia é iniciales de plata, Angeles Montilla; una espada, F. San Juan; una tarjetera de plata, del coro de señoras; una caja de cigarros, de E. Losada; una caja de cigarros y una lata de sardinas, de Sainz hermanos; una boquilla, del maestro Zuchi; un juego de estatuillas, de Josefa Ortiz; un pañuelo de seda, de Valls; un centro de mesa, señorita Cortina, una escribanía de plata, los propietarios del «Mayo»; una licorera, de Luis Musso; un joyero, de Alberto Pietro; las obras de Zorrilla, de Real y Prado; un libro, de Julio Ruiz; una cartera, de F. Alvarez.

Otra obra, *El filósofo de Cuenca*, de don Pablo Parellada, ingenioso escritor, dibujante y qué sé yo qué cosas más, ha resultado un éxito, más que en su estreno, en las noches sucesivas. E hizo bien don Félix Mesa en escogerlo para su beneficio.

El primer acto de la comedia es una exposición tan sumamente amena, que mejor sería decir que es un conjunto de cuadros de la vida real con lenguaje chistosísimo, sobresaliendo la escena de la ficticia de don José, dueño de la casa, y la escena final, cuando se saca el grupo fotográfico para *Blanco y Negro*.

El segundo y tercero, como la acción es seguida, la representaron en uno solo, sosteniéndose el buen humor, sobresaliendo la escena de la exploración de la cartera del filósofo, en la que lleva punteadas todas las mujeres que le gustan en un debe y haber de cualidades.

La obra en sí es ligerísima, pero los tipos bien sentidos, sobre todo el de la niña de la casa, señorita Trini, estudiante de medicina, la que todo lo dice en términos médicos, algo ridiculizados por lo rimbombantes.

Y sobresalieron notablemente Mesa, Juárez, San Juan y Máiquez, y entre el bello sexo Alba, Montilla, Cortina, Martín y Ortiz.

El señor Mesa fué obsequiado con muchos y valiosos regalos y justos aplausos, á los que unimos sinceramente los nuestros sin añadir «nota detallada» porque van tres y á la tercera va la vencida.

¿Y qué más? Hay novedades en el género mínimo: viene Manolo Rodríguez, el cómico por excelencia (dícenlo así por ahí), sustituirá á Juárez en la dirección del «Mayo», y trabajará durante todo el invierno. Y con él vie e Clotilde Perales. Orejón no asomará la oreja por ahora, en estos pagos: se queda en la Villa y Corte madrileña, donde *cayó* bien, como se lo anunciamos, y quiera él corregirse de muchas cosas que le perjudicaban. Así es que el «Rivadavia» abrirá sus puertas sin el aplaudido actor. Pero no importa: el señor Trejo, empresario de la nueva compañía que para aquel teatrillo se forma, promete *olvidarse* de sus «dramas criollos», y algo vamos ganando con esta declaración. ¡Y que persista!

RENÉ.



DUALIDAD

A mi hermana Petra Durán.

I

Canto á la virgen de mi amor soñado,
A la que en niveo resplandor envuelta,
Sobre un esquife de zafireas ondas
Cruza el vívido mar de mis quimeras.

II

Canto á la diosa, que en fulgor de luna
Vistió el santuario de mi fe primera,
Y á cuyas plantas la esperanza mía
Llevó el tesoro de su tul de perlas.

III

Canto á la blanca aparición que un día,
Como una aurora de inmortal diadema,
Destejó en el alcázar de mis sueños
Su collar de radiantes azucenas.

IV

Canto á la eterna vibración divina
Que como un ala persegui en la tierra,
Para templar á su rumor mi canto,
Y embriagarme en la luz de su belleza.

V

Canto al sol de la hermosura en cuyo trono
Constelado de gloria y de inocencia,
Como un águila de oro, el alma mía,
Se amparó ante el crespón de la tormenta.

VI

Canto al velo de luz, en cuyo fondo
Desplegó, al alborar, mi primavera,
La imperial vestidura de sus bodas,
Salpicada de mirtos y de estrellas.

VII

Canto al límpido altar, en cuyas aras
Postro mi pecho su ambición suprema,
Y abrí mi frente al entusiasmo un culto,
Que ebrío de lumbre, se trocó en hoguera.

VIII

Canto á la noble emperatriz de mi alma,
De cuyos labios, en la rosa inquieta,
Libando el ámbar de su dulce aliento
La mariposa de mi amor volteá.

IX

Canto á la fuente en que mi amante numen
La frágil curva de sus alas quiebra,
Y enciende el tornasol de su abanico
La oropéndola azul de mis promesas.

X

Canto al nenúfar que en las raudas ondas,
Tendió ante mí, como triunfal estela,
Con el brocado de su tul de nieve
La altiva pompa de su real diadema.

XI

Canto á la musa que adoré de niño,
Y en cuyas sienes de marfil y seda,
Flotando en vaga y luminosa nube,
Nimbos errantes, mis caricias tiemblan.

XII

Canto al joyel, en cuya nivea zona
Fulge tan sólo mi visión eterna:
Por eso nunca sobre el canto mío
Del hombre, aislado, flotará el poeta.

PEDRO J. NAÓN.



LA PARTIDA DE AJEDREZ

A mediados del siglo pasado, y el arzobispo de Cantorberi, Monseñor H., tenía costumbre de dar grandes paseos por los campos, sin acompañamiento alguno, pues gustábase hacer por su mano limosnas á los pobres que encontraba en su camino, y cuando no, iba á buscarlos á las miserables chozas que les servían de albergue.

Internóse cierta tarde en una selva, y á pocos pasos halló á un hombre vestido con el traje típico del país, que sentado en el césped y teniendo ante sí un tablero de ajedrez con sus piezas, parecía absorto y enfrascado en la resolución de algún dificultoso problema.

El ruido que hizo el prelado al acercarse no distrajo al solitario jugador, el cual continuó en la misma postura de hombre meditabundo.

—¡Eh, buen amigo!—dijo el Arzobispo, poniéndole familiarmente una mano en el hombro.—¿Qué haces?

—Ya lo veis, Monseñor: juego al ajedrez.

—¿Tú solo?

—No, Monseñor, juego con Dios.

—¿Con Dios? ¿Hombre, hombre!

—Ni más ni menos, y por cierto, continuó el paisano fijando tristemente la mirada en el tablero—que me temo haber perdido esta partida... Repare, Monseñor en ese caballo y aquella torre que amenazan mi rey.

Sonreíase el arzobispo bonachonamente, viendo que el jugador se apresuraba á defender al rey, moviendo al efecto un alfil.

—¡No hay remedio!—siguió diciendo el jugador, —ahora salta el caballo á esta casilla, subo yo el peón, me le come con la torre, y... ¡mate!

Terminada la partida, el hombre con evidente señales de disgusto, sacó del bolsillo dos guineas y se las alargó al Arzobispo, diciéndole:

—Le ruego, Monseñor, que tome esté dinero que acabo de perder.

—Pero es que yo... no te lo he ganado.

—No importa... Siempre que pierdo dispone Dios que pase por mi lado la persona á quien he de entregar la cantidad perdida... Ahora jugaba dos guineas y como sois vos el primer cristiano que veo después de terminada la partida, á vos se paga la deuda... Conque, suplico á Monseñor que no se oponga á la voluntad divina.

—¡Vaya, hombre, contestó el arzobispo decidiéndose á tomar las monedas.—Después de todo, más vale que emplees el dinero en limosnas que no en la taberna. Los pobres te lo agradecerán.

—Eso... á Dios será, que no á mí.

Dijo el hombre, guardó en su saquito las piezas, cargó con el tablero y alejóse, no sin saludar antes con respeto al buen arzobispo, que se quedó maravillado de la simplicidad de aquel singular jugador de ajedrez.

—Es un alma de Dios... ó un loco!—pensaba mientras iba caminando de regreso á su palacio. Algunos días después volvió á pasar Monseñor H., por el mismo lugar de la selva, y allí se encontró al hombre de marras, en igual postura que la otra vez, con su tablero delante y cavilando jugadas.

—¿Qué tal esas partidas?—le preguntó el arzobispo con su habitual sonrisa de bondad.

Levantó el hombre la cabeza y contestó:

—¡Ah, Monseñor! He sufrido una racha muy mala, días tremendos de perder de corrido muchas partidas... A seguir soplando tan malos vientos... créame, me quedo en la miseria.

—Pero es natural que pierdas siempre. A un competidor como el que tienes ¿quién se resiste?

—Sin embargo, Monseñor; sea que su divina Majestad se descuide algunas veces de un modo voluntario ó que El me inspire las jugadas... ello es que en ocasiones el triunfo es mío. Ahora, por ejemplo, voy a tomar el desquite.

—¿Cómo?

—Si, Monseñor, el desquite; porque... ó yo no entiendo palotada de ajedrez, ó esta partida la llevo en el pico, es decir, que la tengo ganada: y como juego ciento cincuenta guineas...

Calló un momento el hombre mientras miraba con gran atención el tablero, y luego se puso a mover febrilmente las piezas.

—¿No lo dije? Mire vuestro honor... Me como la reina con la torre, paso el alfil a esta casilla, salta aquel caballo a esta otra, jaqueo con el peón, el rey huye a la casilla blanca... y yo con la torre ¡doy mate! Acabo de ganarme ciento cincuenta grineas.

—Bueno, pero ¿quién te las va a pagar?

—¡Oh! ¡Estoy seguro que será Monseñor!

—¡Yo!

—Si; precisamente lleva Vuestra Eminencia esa cantidad en la bolsa para los pobres... Y ha de saber, Monseñor, que siempre que gano hace Dios pasar por mi lado la persona encargada de pagarme la cantidad ganada.

—Amigo mío, creo que te equivocas.

—De ningún modo... Hay en esta selva seis ó siete honrados amigos míos que no me dejarán mentir... Vuelva Monseñor la cabeza y los verá.

Volvió en efecto la cabeza el inocente prelado, y no pudo ver a los honrados amigos de su interlocutor, pero vió en cambio la boca de varios arcabuces asomando por entre el espeso follaje.

Apresuróse, pues, a pagar la deuda, que más bien era del diablo que de Dios, y a paso ligero abandonó la selva para reunirse con sus familiares, sacando la siguiente enseñanza de aquella aventura:

«Es peligroso fiarse de los hombres cándidos que juegan con Dios al ajedrez... en sitio deshabitado».

R. BLANCO.



MIÑON

POR WOLFGANG VON GOETHE

—¿Conoces tú el país de los piñones,
Do floran los naranjos y limones,
Do zéfiros respiran del verjel
De verdes mirtos y real laurel?

—¿Lo sabes tú?

—¡Alli, alli,

Oh, mi querido, llévame a mí!
—¿Conoces tú de pórticos la casa?
Las salas lucen su brillante traza;
Estatuas me miran a la par:
Mi pobre niña, ¿cuál es tu pesar?

—¿Lo sabes tú?

—¡Alli, alli,

Mi protector, ay, llévame a mí!
—¿Conoces tú tal monte y su paso?
En nieblas andan mulas al acaso;
Ahi vive en cuevas el feroz dragón,
Despeñan rocas con terrible son.

—¿Lo sabes tú?

—¡Ahi quiero ir!

¡Oh, padre mío, déjanos partir!

J. F. WALLOWITZ.

(Melodías de Schubert).



HISTORIA TRISTE DE SIETE BESOS

(LETRAS ALEMANAS)

Me parece que fué hace algunos años, cuando un día llamó Dios al arcángel Gabriel y le dijo: Abre una de las ventanas del cielo, levanta la cortina y mira hacia abajo; estoy oyendo llorar de un modo inusitado.

Gabriel obedeció, y con la mano sobre los ojos, de visera, porque los rayos del sol le deslumbraban, miró por todo el mundo, y al rato:—Veo una pradera, dijo, y de una parte está Bartolica guardando gansos y de otra, Cristobalillo, guardando puercos, y los dos lloran de tal suerte que ablandarían piedras.

—Deja que me entere yo mismo, dijo el bueno de Dios Padre. Y cuando hubo mirado vió que era cierto lo que Gabriel había dicho.

Y entonces averiguó por qué lloraban Bartolica y Cristobalillo, de aquella manera. Amá-

banse los dos con todas sus fuerzas y como el uno guardaba puercos y la otra gansos, no había grandes diferencias sociales que se opusieran a su inclinación. Estaban decididos a casarse, pensando con sencillez que bastaba para ello con quererse como se querían. Pero sus padres no pensaban lo mismo y tenían que contentarse por lo pronto con el noviazgo. Como es bueno que haya método en todo, y el beso es asunto importante entre dos novios, convinieron los dos en que siete besos por la mañana y siete por la tarde eran lo suficiente para ir matando el tiempo de la espera. Por algún tiempo, todo marchaba sin entorpecimiento y (con propiedad pudiera decirse), a pedir de boca. Ningún día faltaron los catorce besos: siete para el desayuno, siete para la merienda; porque de comidas fuertes no había llegado el caso. Pero en la mañana del día en que sucedió esta triste historia, justamente cuando sólo faltaba el último beso de la serie, los gansos de Bartolica y los cochinos de Cristobalillo, armaron por cuestión de alimento tan descomunal refriega, que los dos enamorados tuvieron que dejarlo todo para poner orden a sus subordinados. Y cuando se hallaron ya tranquilizadas las huestes, cada uno a un lado de la pradera y cayeron en la cuenta de que habían perdido el séptimo beso, comenzaron a berrear tan estruendosamente, que el mismo Dios no pudo por menos de alarmarse.

Primeramente pensó, que en la inmensidad del tiempo la pena de los pastorcillos sería una insignificancia; pero cuando advirtió que pasaban horas y horas y que los cerdos de Cristobalillo y los gansos de Bartolica, andaban también muy entristecidos por simpatía, y gruñían y graznaban desaforados, decidió sacarlos de penas y cualquiera que fuese su deseo, satisfacerlo inmediatamente. Pero era el caso que los dos tenían el mismo pensamiento y que mirando cada uno tristemente hacia donde el otro se hallaba: ¡Quién estuviera donde están los cochinos! pensaba Bartolica; y Cristobalillo: ¡Quién estuviera donde están los gansos! Y al cumplirse en el acto su deseo, volvieron a hallarse separados.—Sin duda que Cristobalillo ha ido a buscarme, pensaba Bartolica.—De seguro que Bartolica ha pasado a hacerme una visita, pensaba Cristobalillo, y volvan de nuevo a suspirar. ¡Quién estuviera con los gansos! ¡Quién estuviera con los cerdos! Y de nuevo vieron cumplido al punto su deseo y de nuevo volvieron a hallarse separados, y sus llantos eran cada vez mayores por el séptimo beso perdido, hasta que al fin, llegada la noche, volvieron a su casa rendidos de llorar. Y como no estaba bien que Dios se desdijese de su palabra y en nada pudo remediarles, se prometió desde aquel día, no atender en lo sucesivo deseos de enamorados así lloraran cuanto quisieran.

VOLKMANN.



PESCA DE CORAL EN ARGELIA

Si los pescadores creen todavía que el coral es una planta, el público instruido sabe muy bien que una rama de coral empieza por una larva que, nacida de animales de una rama vecina, se fija en una roca, constituyendo el origen de una nueva rama que se extiende por el trabajo sucesivo de los seres que la componen.

Se cree que bastan cuatro años para que el coral pueda tener un valor mercantil.

El coral se encuentra esparcido en la costa de las posesiones francesas del Africa-Norte, Argelia y Tunisia; pero hay gran abundancia al oeste de Tunisia, al este de Argelia; y la Calle es su principal centro de producción. En esta región se pesca el coral desde el décimo sexto siglo. Fué en aquella época cuando algunos pescadores de Génova construyeron el *Bastion de Franco* para proteger sus barcas.

Actualmente la pesca de coral se hace, ya con el escafandro, ya por medio de máquinas especiales. El primero no está todavía muy generalizado, por su gran valor y por la poca habilidad de los pescadores españoles é italianos, al frente de estos aparatos cuyos funcionamiento es algo delicado. Las máquinas especiales son cruces de madera lastradas en el centro y que tienen en la extremidad de sus brazos una rasqueta de hierro, en la cual se encuentra una red para recoger el coral. Es muy singular que este aparato, que está prohibido, sea el único que emplean los pescadores. El resultado del empleo de este aparato, es que los bancos quedan devastados y esterilizados por la destrucción de los gérmenes, y la reconstitución de los bancos explotados se ha hecho imposible.

El número de los buques pescadores ha descendido de veinticinco en 1887, á trece en 1897; y la cantidad de coral pescado ha sido reducida, en el mismo espacio de tiempo, de 5.293 á 1.049 kilos, ó sea una baja de 264.650 á 52.450 bolívares.

Según M. Layrle, comisario de la inspección marítima, todo el coral que se pesca se vende á industriales italianos establecidos en Livourne ó

en Nápoles, donde se trabaja este producto. Toda la industria del coral es, pues, italiana.

El coral varía de precio según el color y el tamaño. Puede ser, en efecto, rojo, rosado ó negro, pero el rojo es el más estimado.

El bello coral de Galite se vende á 120 bolívares el kilo; y el coral ordinario no pasa de 30 á 40 bolívares el kilo.

En resumen, la pesca del coral, practicada antes por 200 barcos montados por 2.000 hombres que pescaban 2.000.000 de bolívares de coral, fué hecha el año pasado por 37 buques montados por 250 hombres y no produjo sino 300.000 bolívares de coral.



APARICIÓN INSTANTÁNEA DE LA ESCRITURA EN UN PAPEL BLANCO

El siguiente hecho no ha dejado de llamar la atención:

El señor J. de Prémèsnil, escribió una carta y para andar con mayor rapidez, hizo secar la escritura, pasando la hoja por sobre el tubo de la lámpara, cosa muy natural.

Pero lo que hasta ahora no se había visto fué lo que vió M. de Prémèsnil. Sobre una parte de la hoja de papel, en un lugar en donde no había nada escrito, aparecieron trazados algunos caracteres. Verdadero caso de magia!

¿Aquello era espiritismo? ¿quién había escrito aquellas líneas? Podían leerse por transparencia á la luz de la lámpara. Reflexionando un poco, de Prémèsnil recordó que la frase visible la había escrito él mismo la víspera: buscó en sus notas y la encontró, en efecto. Recordó también que al concluir un trabajo la tarde anterior, había colocado sobre la hoja de papel de que se servía, otra completamente en blanco. Ahora bien, fué sobre esta hoja que acababa de utilizar en donde aparecieron los caracteres en cuestión.

¿De qué manera había podido reproducirse aquella frase?

De Prémèsnil trató de colocarse, naturalmente, en las mismas condiciones de la víspera y recomenzar el experimento. En consecuencia, tomó papel escolar ordinario, la misma tinta negra, y escribió algunas palabras; dejó que se secasen al aire libre y colocó sobre lo escrito otra hoja en blanco del mismo papel. Por último, para mayor seguridad en el resultado del ensayo, puso todo en prensa. Al día siguiente retiró la hoja blanca, sobre la cual no se vela ni un solo rasgo. La llevó á la lámpara y la calentó con toda precaución.

Apenas el papel había tomado un tinte ligeramente oscuro, cuando los caracteres se hicieron visibles por transparencia, presentando un color de orin. El mismo experimento, repetido con tinta roja, no dió ningún resultado. El autor pregunta qué es lo que ha pasado y cómo se produce esa copia, invisible al principio y que se revela por el calor.

Para contestar satisfactoriamente, sería necesario conocer la composición de la tinta que se emplea: toda dificultad reside ahí. Se puede hacer que aparezcan caracteres sobre una hoja de papel blanco. Todo el mundo conoce las tintas llamadas simpáticas: un poco de cloruro de cobalto disuelto en agua; se escribe con el líquido incoloro y al calentar el papel aparecen los caracteres. Un poco de jugo de limón produce el mismo resultado.

Basta trazar ligeramente, con una punta cualquiera, caracteres invisibles sobre una hoja de papel blanco para que se pueda hacerlos aparecer á voluntad: el menor contacto, la aplicación de un dedo sobre la hoja puede revelarlos. De este método se ha hecho uso á menudo en las experticias legales. El procedimiento se debe á Coulier, profesor en el Val-de-Grâce, quien lo hizo conocer en 1862. También en Bélgica se emplea como nuevo desde hace dos años. Es muy sencillo: no hay sino exponer el papel á vapores de yodo. El menor rasgo se hace evidente. Colóquese el pulgar sobre una hoja de papel y expóngase ésta al yodo: las papilas, los surquillos de la piel aparecen con toda claridad; aparece también el mínimo depósito grasoso. Una moneda de veinte centavos, colocada sobre el papel, se dibuja con mayor ó menor intensidad: todo contacto se hace evidente.

Resulta que todo objeto, por limpio que esté, lleva siempre consigo un poco de materia que impresiona el papel, se deposita en él y se hace visible por medio de un reactivo favorable y á veces simplemente por el calor.

En el caso precedente, para que el experimento dé resultado, es preciso que la tinta se deposite sobre el papel por medio de parcelas invisibles. La tinta negra de que se hace uso parece muy concentrada; contiene, sin duda, un poco de materia fácilmente combustible que penetra el papel por presión y que el calor pone en evidencia. El hecho ha sido sencillo, pero merece ser mencionado.

HENRI DE PARVILLE.

EL DOCTOR PRÓSPERO MENA

Tiene treinta y siete años. Hizo sus estudios de abogado en esta capital, graduándose en la facultad de Derecho el año de 1888.

Fue de los socios fundadores y miembro de la Comisión Directiva, por repetidas veces, del «Centro Jurídico». El año de 1889 desempeñó el Juzgado de 1.ª Instancia en lo Civil y Comercial, en la Provincia de Tucumán. Ha sido en dos periodos distintos diputado provincial.

El año de 1890, formó su estudio de abogado en la ciudad, siendo asesor de la Municipalidad y abogado del Banco Provincial. Como Diputado Nacional, formó parte durante tres años de la Comisión de Presupuesto, habiendo intervenido en todas las cuestiones que se relacionan con la industria azucarera, y la solución del pago de nuestra deuda externa. Entre otros proyectos que presentó, debemos recordar la ley de contravenciones y penas de policía.

Electo Gobernador de Tucumán, con el voto y aplauso unánime de sus comprovincianos, ha inaugurado su gobierno con actos públicos que han merecido la más favorable acogida.

Después de formar su ministerio, llevando a su lado dos honorables consejeros ciudadanos distinguidísimos, los señores Luis Esteves y doctor Federico Helguera, su primera preocupación ha sido dedicar atención preferente a aquello en que estriba el resultado de una buena administración: las leyes de presupuestos y de impuesto.

Inspirándose en el sentimiento general que domina en el país, convencido de la necesidad de reducir los gastos en la medida compatible con las exigencias del servicio público, apenas constituido el nuevo gobierno ha celebrado acuerdo para dedicarse con toda actividad a estudiar en sus detalles el presupuesto, a fin de traducir en hechos su programa de economías.

Ya se anuncia que se introducirán economías que alcanzarán a la cifra de un millón de pesos. Esta cifra en un presupuesto provincial, tiene una importancia que nadie desconocerá.

Pero es que, aparte de lo que significa para el contribuyente de la provincia de Tucumán esa reducción en los gastos de la administración, hay que ver en ella algo más trascendental, y es cómo el espíritu que anima al gobierno nacional trasciende a las administraciones de los estados que, penetrados de las necesidades del país, procuran por su parte contribuir a la obra común de su engrandecimiento, secundando cada una, dentro de su esfera, las aspiraciones del sentimiento público.

En cuanto al doctor Próspero Mena, no habíamos dudado un momento de que respondiera a las legítimas esperanzas de sus conciudadanos, que al elegir a un hombre joven, ilustrado y de sanas intenciones, para la más alta magistratura de su provincia, han dado prueba de su acierto.



MOSAICO

Boletín del Instituto Americano de Adrogué.—Viene vestido de nuevo: más amplitud en sus páginas, y mayor variedad en su lectura. Se conoce la hábil mano del que lo dirige: un amigo y co-redactor, cuyo nombre E. B. por iniciales, quiere decir, es bueno. Y así lo es, distinguiéndose como profesor en su labor inteligente y asidua en el Instituto Americano del señor Monner Sans, cuyo Boletín nos acredita la inteligente y acertada dirección que preside en los estudios escolares de este acreditado establecimiento educativo.

El Comercio Español en el Río de la Plata.—Un nuevo diario, bien hecho y bien presentado, es el que entra en liza para corroborar y unir las simpatías tradicionales de estos pueblos americanos, y especialmente de la República Argentina hacia la madre patria. Exclusivamente mercantil, sin perjuicio de hacer figurar en el diario cuanto el periodismo moderno exige para dar satisfacción a todos los gustos, el señor A. R. Cartavio, su director, tiene un cuerpo de redacción avezado a estas luchas de la prensa, é ilustrados colaboradores que han de dar nota típica al nuevo diario.

Al devolverle su grato saludo, hacemos votos por su prosperidad y larga existencia.

Bustos y medallas.—Ahí hay unas cuantas inteligencias de la juventud centro-americana. El autor del pequeño librito, nitidamente impreso en los talleres de «El Cojo Ilustrado» en Caracas, J. Ignacio Vargas Vila, ha hecho gala de amenísimo estilo al diseñar en breves rasgos la síntesis de sus opiniones sobre cada uno de los jóvenes escritores que figuran en esa galería literaria. Algunos de busto entero; otros con medallón de realce; campear en el folleto, notas simpáticas en cada una de las siluetas trazadas. Y nos sirven de mucho aquí, donde tan poco conocemos la vida intelectual de los países hermanos de Centro-América.

Un casamiento.—La señorita Emilia Atienza y el doctor Domingo S. Cavia, han unido sus destinos por la doble coyunda civil y religiosa del matrimonio.

Efectuóse la ceremonia nupcial religiosa en la capilla particular del arzobispado, ante numerosa y distinguida concurrencia.

A las nueve de la noche hizo su entrada la novia, que lucía un hermosísimo traje de raso blanco con tules y azahares.

Daba el brazo a su señor padre y padrino el doctor Antonio Atienza y Medrano, nuestro buen amigo y colega.

Fue madrina a nombre de la señora de Cavia, la señora Emilia A. de Atienza.

Bendijo la unión el obispo doctor Terrero.

Después de la ceremonia, parte de la concurrencia pasó a casa del doctor Atienza, donde tuvo lugar una hermosa tertulia.

A los acordes de una orquesta se inició un animado baile, que se prolongó hasta las primeras horas de la mañana.

Los recién casados partieron para Adrogué, donde pasarán una temporada. ¡Dios les conceda una eterna de miel!

Don Carlos Zuberbülher.—Parte para Europa este nuestro distinguido amigo en viaje de placer. Le deseamos feliz estadia en el extranjero y rápido regreso a esta ciudad en donde tantas amistades y relaciones han de echar de menos su ilustrado y ameno trato.

Otra boda.—También de otro colega, activo periodista—que aquí entre paréntesis parte para Europa, y al que deseamos feliz travesía—don Fernando López Benedito, hemos de hablar en estas breves notas informativas, para felicitarlo por el enlace de su hija la señorita Maria T. López con el señor Pedro M. Caballero.

El acto nupcial se verificó en la capilla de las Victorias, ante una concurrencia escogida y numerosa. La novia, elegante, simpática y atractiva, recibió numerosos regalos y obsequios que probaban la estimación que merece y el afecto con que distinguen a su ilustrado padre. ¡Feliz unión!

Ravenscroft y Cía.—Nos comunican estos conocidos contratistas de avisos en carta circular que han trasladado sus oficinas a la calle Victoria 374, frente a la Plaza de Mayo. Tomamos nota.



NUESTROS GRABADOS

Un mosquetero.—Fotografía artística de don Felipe R. Piñeiro. —Ya en otra ocasión nos ocupamos en estas columnas, del buen gusto y aficiones artísticas del señor Piñeiro, al publicarse en esta revista una reproducción del cuadro del célebre pintor español R. de Madrazo, perteneciente a la colección que dicho señor posee en París y Buenos Aires: dijimos entonces que su amplio gusto estético no se limita a las producciones pictóricas, sino que también, las esculturas, los tapices, los muebles antiguos, cuanto el arte ha producido en sus múltiples manifestaciones, tenía en el ilustrado caballero un adorador ferviente y un juez coleccionador inteligente.

Reside el señor Piñeiro habitualmente en París, donde lleva muchos años, y dedica una gran parte de su tiempo a la fotografía, que bajo el punto de vista que la cultiva, es un arte, por el gusto, el acierto y la impresión estética de la composición que, como la que nuestro grabado representa, es una obra artística en toda la acepción de esta palabra.

El señor Piñeiro tiene su estudio situado en el barrio más aristocrático de la gran capital francesa, y en el edificio en que aquél está ubicado, se hallan instaladas muchas celebridades artísticas como Checa, Hernández y otros consagrados por la fama. Abstraído en el taller, en sus aficiones y tareas, ajeno al bullicio y movimiento de aquella Babilonia moderna, su vida está consagrada a recoger joyas del arte, ó a idear composiciones bien estudiadas, buscar efectos de luz a los modelos, y ceñir lo mecánico y poco expresivo del arte fotográfico a geniales derivaciones que la dan nuevo vigor y hacen presentir nuevos rumbos al invento de Daguerre.

Figura bien sentida, la del mosquetero que publicamos en estas páginas (que no será la última) tiene expresión, relieve y movimiento que le dan mérito sobresaliente, originando para el que desconozca la suma de labor que supone una obra de este género, la duda de si será una reproducción de un cuadro de renombre.

En Europa ha concurrido el señor Piñeiro a diversas exposiciones fotográficas, y ha obtenido varias recompensas honoríficas, títulos que acreditan el exquisito gusto de sus composiciones. Hombre rico, este distinguido argentino es un verdadero amateur de las bellas artes, inteligente, circunspecto, y que viviendo en el ambiente en que las más revolucionarias teorías y procedimientos están en pugna con la reverente adoración de muchas escuelas a lo clásico y a lo anticuado, depura su gusto y adquiere esa superioridad de

conciencia y de juicio artístico que sólo los años y el estudio son capaces de alcanzar.

No es difícil que la nostalgia de los aires patrios lo vuelvan a ésta su tierra querida, para instalarse definitivamente, y entonces, corroborando nuestras opiniones actuales, el elemento ilustrado é inteligente de nuestros pocos aficionados de verdad, hará justicia a las colecciones artísticas del señor Piñeiro, que han de llamar, seguramente, la atención y provocar entre sus compatriotas tendencias é inclinaciones, en embrión en el día, en todo lo que a «arte máxima» se refiere.

Arriero de Uspallata.—Uspallata. Estación de F. C. C. A.—Ofrece contraste notabilísimo ese pacífico arriero que atraviesa las gigantescas crestas andinas con las paralelas de hierro del ferrocarril que abren fácil y rápido surco al tráfico contemporáneo.

Es una página más que agregamos a las del álbum de esta empresa del F. C. C. A., que en el célebre paso de Uspallata parece tender sus brazos férreos amenazando a las nieves de la cordillera con la apertura de sus misteriosas hondonadas al trabajo de la civilización, pues a estar a lo que se dice, bien pronto se verán activarse las obras que nos unan definitivamente con el país chileno, cruzando en no larga fecha la potente locomotora aquellas sierras y vericuetos hoy solamente accesibles al tardo y seguro paso de las mulas de los arrieros.

Doctor Próspero Mena.—Gobernador de Tucumán.—Rige la autoridad del señor Mena, una de las provincias más industriales de la República Argentina, y ocupa con justicia en la opinión de los tucumanos, el alto prestigio de sus méritos y de su ilustración.

La gobernación de una comarca de tan vastos horizontes agrícolas é industriales como la tucumana, exige labor suma, atención inteligente, tino y mesura en la dirección de las múltiples facetas del gobierno, y por los antecedentes y notas que consultamos, estudiando lo presente y dejando a un lado la pesada descripción de apuntes biográficos, que van en otro lugar, lo próspero de la situación de aquella provincia está en consonancia con el nombre del que lo gobierna, y a quien deseamos siempre como hasta ahora, feliz actuación en las marañas y cabildos que entorpecen la dirección bien regulada de la administración y política de los gobernados.

Bolivia.—Vista general de Sucre.—Calle del Correo.—Interior del Colegio Nacional de Sucre.—Formación de tropas de La Paz.—Indios de La Paz.—Tipos cochabambinos y tipos tarijeños. Triste actualidad tienen hace algún tiempo todos los asuntos de la vecina república boliviana, con motivo de la revolución federalista que, encabezada por el general Pando, ha provocado agitaciones y sembrado temores sobre el porvenir de aquella rica nación hermana, nuestra fraternal vecina.

Las vistas que reproducimos y los tipos que de la raza indígena publicamos, ayudarán al lector para completar ideas en el artículo que sobre la revolución publicamos en otro lugar de este número, revolución terminada en la fecha en que escribimos, según las últimas noticias recibidas, por el triunfo de las tropas federalistas después de una batalla sangrienta. ¡Quiera Dios sea ésta la última, y que terminen las disidencias políticas de los bolivianos sin más derramamiento de sangre!

Señora Leonor Centeno de Sánchez.—Tene-mos el gusto de publicar el retrato de esta distinguida dama argentina. Pocas personas habrá en nuestra gran sociedad que no hayan tenido el agrado de cultivar su trato ameno y admirar sus cualidades como pintora en miniaturas y como cantante: sobre todo, este último privilegio con que la Naturaleza dota a tan pocos seres. La señora Leonor C. de Sánchez posee una bellísima voz de soprano absoluta con un timbre purísimo.

Personas eminentes en las letras y en la música, le han dedicado, tanto aquí como en Europa, sentidas composiciones elogiando su talento. Mr. Laurent de Rilli, el celebrado presidente de las masas corales de Francia; Mr. Crosty, presidente del conservatorio; Emdo. Paellaemarts; Eloisa D. de Silva, y poetas españoles la han elogiado, y nosotros, que hemos reseñado uno de sus triunfos artísticos en el «Confortable Hotel» de Mar del Plata, la deseamos, así como a su esposo, señor Sánchez López, próximos a partir para Europa, viaje feliz y retorno grato a su hogar.

Buenos Aires.—Inauguración de la estatua del Dr. D. Antonio E. Malaver.—Este grabado representa la inauguración de la estatua en el momento en que el Dr. Cané pronunció el hermoso discurso que ya conocerán nuestros lectores.

El acto resultó digno del eminente jurisconsulto a que estaba consagrado. La concurrencia era selecta y numerosa y el trabajo del Dr. Cané fue una pieza literaria de muy subido valor.

La petite Guerrero.—En el presente número, damos a conocer a nuestros lectores una figurita por demás simpática: la de Enriqueta Guerrero, la gentil y graciosísima bailarina que, procedente del Olympia de París y del Music-Hall de Madrid y precedida de envidiable fama artística, debutará en breve en nuestro teatro de Mayo.

Esperamos verla para confirmar el juicio que de ella hemos formado en virtud de sus antecedentes y, sobre todo, de su lindísima presencia.

LOS BANDIDOS DE BENEVENTO

I

De las ventanas del castillo salían torrentes de luz que iluminaban vivamente las rocas sobre que aquél se asentaba; y los mil confusos ruidos del chocar de la vajilla y báquica algarazas rompían el silencio majestuoso de la noche, denunciando una orgia en el castillo.

A la luz de la luna podía verse un jinete embozado hasta los ojos, trepando presuroso por los vericuetos que llevaban al castillo. Cuando llegó junto al foso oyó un silbido, seguido del tétrico graznar de la lechuza. Un momento después, chirriaron las cadenas en sus poleas, y cayó el puente levadizo para dar paso al jinete y alzarse en seguida. Ya dentro del castillo, echó pie a tierra el embozado, botó las riendas al primero que le salió al encuentro, y mudo el ademán y torvo el gesto, dirigióse á donde se oía la algarazas.

Celebrábase el banquete en un salón ricamente adornado, de cuyo techo pendían preciosas lámparas que lo iluminaban profusamente y arrancaban vivos destellos á las panoplias y armaduras milanesas que adornaban los muros y los ángulos del salón. En el centro de éste y en derredor de una mesa opíparamente servida, sentábanse hasta quince hombres de rostro patibulario y de encendida mirada, por los vapores del vino. Unos, medio tumbados encima de las mesas, casi no se daban cuenta de lo que pasaba en torno suyo; los demás hablaban todos en confusa algarabía, lanzando atroces blasfemias y horribles carcajadas, manoteando, golpeando el suelo, ó asiendo bruscamente á su vecino.

De pronto se abrió la puerta, cesó un momento el ruido, volviendo todos el rostro, al aparecer el jinete de la capa. Un grito de entusiasmo recibió su llegada, y doce brazos se alargaron brindándole otras tantas copas; pero él avanzó resuelto hasta medio salón desembarazándose pausadamente, dirigió una mirada en torno suyo, y dijo moviendo la cabeza:

— ¡Bien! ¡Divertíos y dormid tranquilos, que ya despertaréis en las mazmorras!

— ¡Bah! ¡quién piensa en eso! dijo uno de los comensales, volviendo desdeñosamente la cabeza.

— ¿Quién? El Delegado, respondió con firmeza el otro.

— ¿Quién dice? preguntaron todos con ansia, dejando las copas en la mesa y medio incorporándose en sus asientos.

— Esta tarde fué cogido Pascual Colletta por las tropas del Delegado.

Palidecieron, mirándose unos á otros llenos de asombro, y el recién llegado continuó:

— Y tienen orden las tropas de registrar este castillo.

Entonces, el que presidía la mesa encaráse bruscamente con el embozado, y dando un terrible puñetazo encima de la mesa, exclamó:

— ¡Per Baco! ¡que se atreve á mucho ese joven imberbe! Mas yo le enseñaré.... Pero veamos qué se puede hacer.

— Esperar aquí á las tropas, dijo uno.

— Si, añadió otro; encastillarnos y pelear hasta morir ó vencer.

— Así no haremos más que retrasar nuestra ruina, y lo que importa es evitar el rayo que nos amenaza.

Hay que ver al Delegado y ganárselo á punta de oro, de súplicas ó de amenazas, y esto, señor, sólo vos podéis hacerlo: concluyó haciendo una cortesía al hombre del puñetazo.

— Y lo haré, ¡voto á...! Mañana mismo le hablaré para que nos deje en paz y nos suelte á Pascual Colletta.

— ¿Y si resiste? preguntó uno.

— Ya se cuidará de hacerlo, respondió el interpelado: que buenas influencias tengo en Roma

II

para cortar á ese joven su carrera, hundiéndole en el polvo para siempre.

Un ¡bravo! general fué la respuesta, y luego continuó la orgia.

Era esto en los buenos tiempos en que el Papa mandaba como rey en algunos Estados, debido á la providencial elección de los pueblos y la piedad y munificencia de algunos soberanos, contándose entre esos Estados el ducado y provincia de Benevento.

Cedido al Papa Esteban III por el rey Pepino en 754, fué usurpado por Napoleón I y dado á Talleyrand en 1806, y restituido á los Papas en 1814. Desde entonces fué teatro Benevento de escenas de sangre y de rapiña, pues fué el refugio de bandoleros, malhechores y presos de Estado, que los vecinos reinos arrojaban allí, como el mar á las orillas, los despojos de una tempestad.

Entre los bandoleros estaba Pascual Colletta, tristemente célebre por su crueldad y su rapiña, y que más de una vez había provocado serios disgustos entre la Santa Sede y el rey de Nápoles, porque era protegido por un alto señor de la provincia.

Amigos de Pascual Colletta eran los que vimos la noche anterior en el castillo, y uno de ellos fué el que dió el terrible puñetazo. ¿Cómo era que temblaban los bandidos, si muchas veces habían encontrado seguro refugio y salvación en los castillos?

Corría el año de 1837, y gobernaba la Iglesia Gregorio XVI. Necesitaba un hombre enérgico que gobernara en Benevento, y algunos le aconsejaron que mandara al entonces desconocido Mons. Pecci, que apenas contaba 27 años y acababa de recibir el sagrado orden del Presbiterado. Envióle Gregorio XVI á Benevento, con el carácter de Delegado Apostólico, que es como si dijéramos de gobernador civil, y la historia se ha encargado de confirmar lo acertado de la elección.

Nacido Vicente Joaquín Pecci al pie de los Apeninos, en la aldea de Carpineto, pasada su primera juventud trepando por los cerros y los riscos, descansando á orillas del riachuelo, ó en el fondo de los bosques; eran sus costumbres sencillas como las de las gentes del campo; tenía su frente la dulzura del arroyo que parece llorar entre las guijas, y su carácter la inquebrantable firmeza de los riscos, contra los que se estrellan los huracanes.

Apenas llegado á Benevento, comenzó á introducir reformas radicales. Comprendió que lo importante para el bien de la provincia era procurar la seguridad pública, y comenzó á perseguir á los bandoleros, luchando al mismo tiempo contra sus protectores, los señores principales del ducado. Una de las prisiones más importantes fué la de Pascual Colletta; y por eso vimos palidecer á los bandidos, cuando recibieron la noticia.

Veamos el resultado.

La tarde del día siguiente de la orgia, presentóse en el palacio del Delegado, el Excm. señor Marqués de X*.

Fuó recibido apenas lo anunciaron, y al entrar al salón en que le recibía el Delegado, encontróse frente á frente con un joven de finas y delicadas facciones, con los ojos de un azul purísimo como el cielo de Italia, y una sonrisa suave como las hojas de los árboles, mecidas por el céfiro.

Su voz era armoniosa y sus maneras de gran señor.

El marqués creyó fácil la empresa, y después de los saludos de práctica, se dirigió al Delegado, diciendo:

— Parece que os empeñáis, Monseñor, dijole el marqués, en perseguir á ciertas gentes que se refugian en esta provincia, huyendo de otros reinos.

— Son bandoleros que asolan la comarca, impidiendo la seguridad pública, y es mi deber exterminarlos.

— Sin embargo, Monseñor, los que os han precedido en el mando....

— Lo veo, no han logrado exterminarlos; pero eso no impide que yo ponga cuantos medios pueda.

— Pero, Monseñor, os atraeréis la mala voluntad de los señores de la comarca.

— El deber, señor marqués, no atiende á las personas, y yo ejerzo aquí la justicia.

— En suma: yo, Monseñor, venía á pedir algo de misericordia para esos infelices. Vuestro rigor os puede acarrear perjuicios graves; vuestra misericordia os traerá muchos bienes. ¿Queréis oro? Yo os daré á manos llenas. ¿Queréis defensores fieles y decididos? Los tenéis en esa gente que ahora perseguís, y que gustosa derramaría su sangre en defensa vuestra, á poco que la concedáis vuestro favor.

— No, marqués, le respondió sonriendo el Delegado; represento aquí al Sumo Pontífice, y es el Pontificado la roca sobre que se sienta la Iglesia.

Las rocas resisten firmes tormentas y huracanes, y contra ellas se estrellan el céfiro que acaricia en el campo las espigas, y el noto que despedaza los buques en el mar.

El marqués, indignado, quiso intentar el último

recurso, y tomando su sombrero exclamó poniéndose de pie:

— Está bien, Monseñor. Pues que no queréis transigir, parto ahora mismo para Roma, veré al Cardenal Z. y traeré el decreto de vuestra destitución.

El Delegado, sin inmutarse, le respondió con su voz más armoniosa.

— Partiréis, señor Marqués, y anunciaréis al Papa la terminación de mi obra, que esperaréis en el fondo de un calabozo.

Irguióse fiero el Marqués, y mirándole de hito en hito, dijo:

— ¡Qué! ¿Me amenazáis?

— Sencillamente os indico cómo cumpliré con mi deber, respondió el Monseñor.

Doblegóse el marqués ante voluntad tan enérgica, los bandidos fueron exterminados, y el Monseñor de entonces es hoy el gran Pontífice León XIII.



SONETO

— ¡Manifieste alborozo tu semblante!
¡venga esa mano, amigo! ¡albricia! ¡albricia!
¡hoy tu derecho obtuvo amplia justicia
y el pleito se ganó, mi poderdante!

— ¡Tenía la razón, sali triunfante!
¡vaya un abrazo por tan gran noticia!
¡ya puedo respirar! ¡suave delicia!
¡paga los gastos! ¡tráeme el sobrante!

— He sumado las cuentas una á una:
era de mil cien pesos el litigio
y se salió con nueve más del susto.

— ¡Caballero, esa chanza es importuna!
— ¡No es chanza, caballero, es un prodigio.
— Entonces ¿qué he ganado?

— ¡Un pleito justo

MANUEL A. HURTADO.
(Chileno).



EL TEATRO EN CASA

CON LOS
NUEVOS GRAFÓFONOS
QUE
CANTAN Y HABLAN EN ALTA VOZ
Y REPRODUCEN
LOS
SONIDOS



DESDE 55 \$^{M/N}
CON CILINDROS

Para el que compra un gramófono el aburrimiento se hace imposible, en casa, en el campo, en los baños, pues cuando lo desee podrá oír las mejores óperas, canciones, bandas militares, orquestas, monólogos, etc., etc.

GRATIS

NUEVO CATÁLOGO ILUSTRADO
con rebajas de precios

ENRIQUE LEPAGE y C.^a

CALLE BOLIVAR 375 — BUENOS AIRES
Sucursal: FLORIDA 472 - 474



VINO
Bordeaux-Quinquina
Gran Tónico reconstituyente
de
DELOR Frères - Burdeos

SALUD
FUERZA
APETITO
TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos. Tomarlo antes ó después de comer.

Unicos Agentes
FELIX SOULIÉ & C^{ia}
BUENOS AIRES
CASILLA 417 | Telef. Coop. 1496

En todas Confiterías y Cafés

SPORT

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNIÓN DEL 1.º DE ABRIL

Premio «Gendarme», 1300 metros—1º Esparta, 2º Koalin, 3º Kosir.
 Sport: \$ 5.95, á placé 2.65; Kaolin 2.95; Kosir 3.05.
 Premio «Remate», 1600 metros—1º Whipper In II, 2º Casuarina, 3º Cuaro.
 Sport: \$ 9.70, á placé 4.85; Casuarina 9.05.
 Premio «Grimace», 1000 metros—1º Vivaracho, 2º Judío, 3º La Cocarde.
 Sport: \$ 5.50, á placé 2.40; Judío 2.75.
 Premio «Gloria», 1600 metros—1º Filou, 2º Pa-si-bête, 3º Cacique.
 Sport: \$ 18.50 á placé 5.60; Pa-si-bête 3.20; Cacique 4.50.
 Premio «Guña», 1200 metros—1º Ecaré, 2º Phortos, 3º Huapi.
 Sport: \$ 10.65, á placé 3.50; Phortos 2.85; Huapi 2.95.
 Premio «Galette», 1600 metros—1º Abrojo, 2º Amambay, 3º Caseros.
 Sport: \$ 11.70, á placé 4.20; Amambay 3.10.
 Premio «Gonin», 1900 metros—1º Lanza Seca, 2º 9 de Julio, 3º Victoriosa.

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo. — El frasco de 50 grajeas 10f. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun.
 MEDICAMENTO CIENTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO.
 — Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty** —
 Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

Avisos varios

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito, 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS— Director por concurso del Hospital San Roque. — Consultorio: Maipú, 276, de 1 á 4.

DR. EDUARDO OBEJERO— Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos—Suipacha, 574, de 1 á 4.

N. ODAHL, Doctor en Cirujía Dental: (Doctor Dent. Surg.) de la Universidad del Estado de Nueva York; Cirujano Dentista de las Facultades Médicas de Estocolmo y Buenos Aires, Piedad 588, esquina Florida.

DR. J. COSTAU— Abogado—Avenida de Mayo, 715, de 2 á 4.

DR. JENARO OSORIO— Moreno, 792, de 1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA— Traductor público y comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

HIPÓDROMO ARGENTINO

REUNIÓN DEL 2 DE ABRIL

Premio «Ecurie Los Paraísos», 1700 metros—1º Pisco, 2º Lucero, 3º Torpedo.
 Sport: \$ 6.40, á placé 2.95; Lucero 3.05; Torpedo 6.20.
 Premio «Abraham Lincoln», 1000 metros—1º Cuñapirú, 2º Eva, 3º Binehuca.
 Sport: \$ 10.85, á placé 3.90; Eva 3.95; Binehuca 4.75.
 Premio «Stud Pobre», 1400 metros—1º Ateniense, 2º Laprida, 3º Cyrano.
 Sport: \$ 4, á placé 2.95; Laprida 5.70.
 Premio «Lavalle», 1100 metros—1º Caprice, 2º Caramelo, 3º Vulcano.
 Sport: \$ 6.65, á placé 2.85; Caramelo 2.65; Vulcano 3.30.
 Premio «Stud Gordon», 2300 metros—1º Regalada, 2º Molécula, 3º Don Pepe.
 Sport: \$ 13.70, á placé 8.75; Molécula 7.35.
 Premio «Petite Ecurie», 1100 metros—1º Austerlitz, 2º La Negra, 3º Clavija.
 Sport: \$ 10.25, á placé 5.05; La Negra 4.95; Clavija 5.80.
 Premio «Ecurie Indecis», 1600 metros—1º Nobleza, 2º Pisco, 3º Pampero.
 Sport: \$ 5.45.

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNION DEL 6 DE ABRIL

Con la misma mala suerte que le es proverbial al Hipódromo de Belgrano, se efectuaron las carreras anunciadas. A la mitad próximamente de la ejecución del programa, comenzaron á caer fuertes aguaceros, que bien pronto convirtieron la pista en un verdadero lodazal.
 He aquí los resultados generales de estas carreras:
 Premio «Abrojo», 1600 metros—1º Lucero, 2º Bambola, 3º Torpedo.
 Sport: \$ 2.50, á placé 2.45; Bambola 3.35.
 Premio «Aboukir», 1000 metros—1º Orquesta, 2º Eva.
 Sport: \$ 25.90, á placé 4.70; Eva 2.50.
 Premio «Remate», 1200 metros—1º Don Carlos, 2º Evangelina, 3º Casuarina.
 Sport: \$ 15.35, á placé 3.90; Evangelina 3.15; Casuarina 3.15.
 Premio «Araujo», 2000 metros—1º Rob Roy, 2º Orleans.
 Sport: \$ 10.25, á placé 4.10; Orleans 3.65.
 Premio «Alarife», 1100 metros—1º Austerlitz, 2º Blue Boat, 3º Porthos.
 Sport: \$ 4.35, á placé 2.65; Blue Boat 4.20; Porthos 3.55.
 Premio «Amambay», 1600 metros—1º Santa Jacinta, 2º Atalaya, 3º Amambay.
 Sport: \$ 42.00, á placé 4.70; Atalaya 2.50; Amambay 2.85.

HIPÓDROMO ARGENTINO

REUNION DEL 12 DE ABRIL

Premio «Araucaria», 1400 metros—1º Florete, 2º Punilla, 3º Kaolin.
 Sport: \$ 11.15, á placé 3.90; Punilla 8.95; Kaolin 3.60.
 Premio «Estrella», 1000 metros—1º Argentina, 2º Rivera, 3º Langosta.
 Sport: \$ 10.80, á placé 3.85; Rivera 6.35; Langosta 7.20.
 Premio «Remate», 1600 metros—1º Bal Masqué, 2º Huapi, 3º Libertador.
 Sport: \$ 13.90, á placé 6.10; Huapi 7.05.
 Premio «Progreso», 1200 metros—1º La Flute, 2º Etolo, 3º Caramelo.
 Sport: \$ 52.35, á placé 7.85; Etolo 3.20; Caramelo 2.85.
 Premio «Réverie», 2400 metros—1º Dinero, 2º Guttemberg.
 Sport: \$ 6.30, á placé 2.85; Guttemberg 3.80.
 Premio «Samaría», 1200 metros—1º Clavija, 2º Cacique, 3º Nihuil.
 Sport: \$ 8.85, á placé 3.30; Cacique 3.50; Nihuil 5.05.
 Premio «Hope», 1700 metros—1º Rosalvina, 2º Marea, 3º Espingarda.
 Sport: \$ 18.05, á placé 9.95; Marea 5.05.

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNION DEL 13 DE ABRIL

El resultado de las diversas pruebas del programa, no acusó mejor acierto para la cátedra que el que tuvo el día anterior en Palermo. Casi sin excepción, sus favoritos fueron batidos en todas las pruebas, en algunas por *outsiders*, lo que dió lugar á dividendos de más de 50 pesos por boleto.
 He aquí los resultados generales:
 Premio «Belen», 1300 metros—1º Catarata, 2º Sentinel, 3º Bolivia.
 Sport: \$ 55.25, á placé 8.30; Sentinel 4.35; Bolivia 3.40.
 Premio «Remate», 1600 metros—1º Tapera, 2º Federación, 3º Cuaro.
 Sport: \$ 35.85, á placé 13.20; Federación 6, Cuaro 4.60.
 Premio «Bambola», 1000 metros—1º La Cocarde, 2º Special, 3º Pensamiento.
 Sport: \$ 21.80, á placé 7.10; Special 5.30.
 Premio «Balcarce», 1600 metros—1º Cyrano, 2º Abrojo, 3º Normandía.
 Sport: \$ 10.50, á placé 3.60; Abrojo 4.40; Normandía 4.95.
 Premio «Bal Masqué», 1200 metros—1º Travieso, 2º Huapi, 3º Marat.
 Sport: \$ 7.35, á placé 3.35; Huapi 2.95; Marat 3.80.
 Premio «Bobby», 1900 metros—1º Pompeyo, 2º Centella, 3º Whipper In II.

FOR EVER.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

Exigir siempre la última fecha del EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas el cajón etc., y á mas el nombre A. DELOR & Cia. de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ Y C^{ía}

Castilla Correo 417

CALLE TUCUMAN 833 - BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA

EL MEJOR SURTIDO DE COCINAS

EN SUD-AMÉRICA



Baterías de Cocina
de
FIERRO AGATE

HELADERAS ECONÓMICAS

. SORBETERAS PERFECCIONADAS

CASSELS & C^{ía}. - 220 - CALLE FLORIDA - 220

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 651
BUENOS AIRES



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
 Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

===== **INVIERNO 1899** =====

Exposición General de Géneros de fantasía para vestidos
SEDERIAS, TERCIOPELOS, FELPAS

Confecciones, Capas, Colletes, Jaquets, Vestidos Sombreros, y Gorras para Señoras y Niñas

FOURRURES, CAPAS, COLLETS, MANCHONES DE PIEL, ARTÍCULOS DE PUNTO DE LANA
GUANTES Y UNA INFINIDAD DE OTRAS NOVEDADES

Agua natural mineral VICTORIA



De las fuentes de

OBERLAHNSTEIN

Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin hierro que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & CIA.

RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

C. DELVOYE

Grande Maison de Blanc

AJUARES PARA NIÑOS TROUSSEAUX Y LAYETTES

ESPECIALIDAD EN AJUARES PARA CASAMIENTOS

CASA DE COMPRAS EN PARIS, GINEBRA Y ZURZACH

Venta por mayor y menor

PIEDAD ESQUINA ESMERALDA

BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR

NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE

REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas

Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata

Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO-Buenos Aires

(SUCURSALES)

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

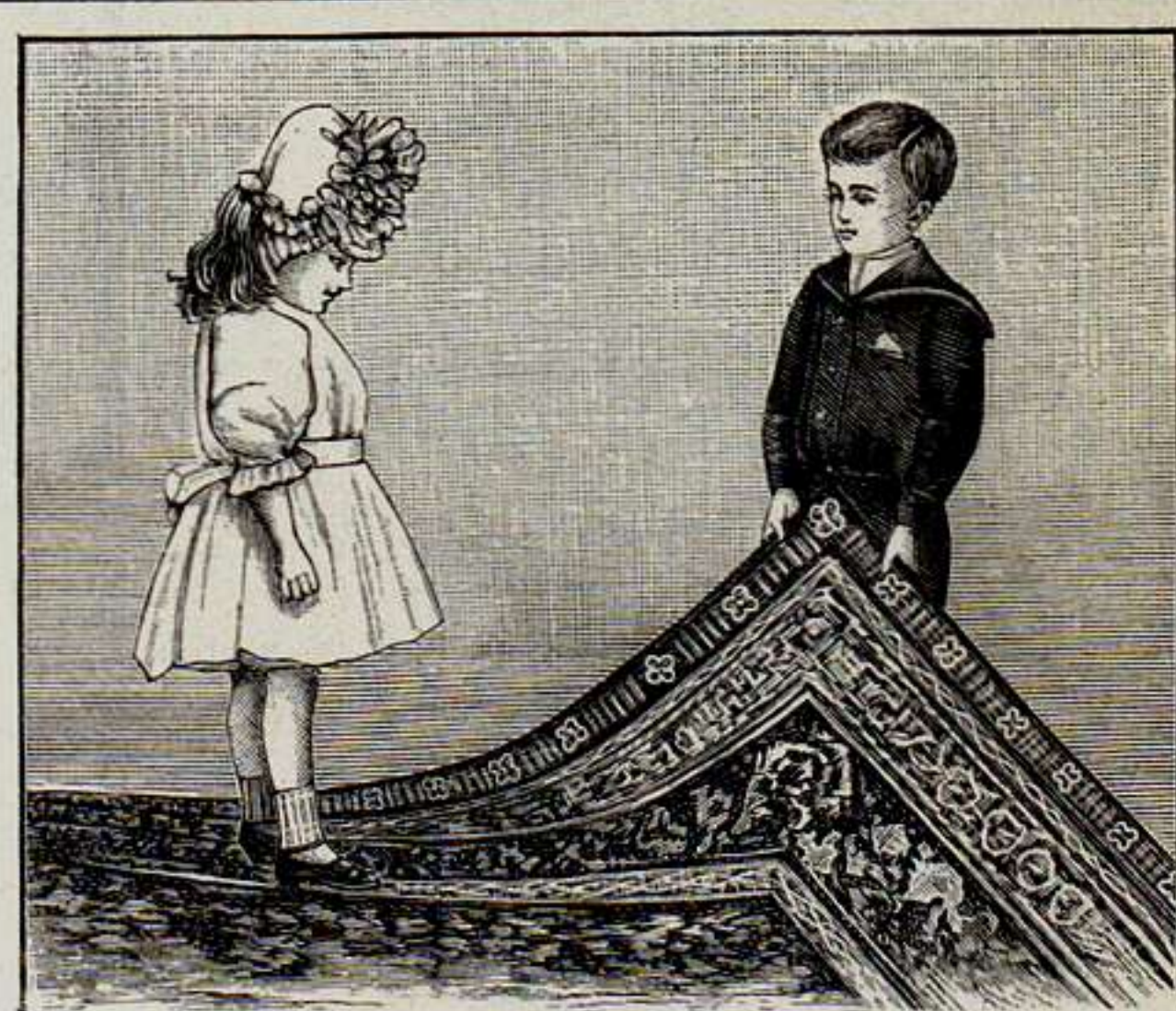
UNICOS IMPORTADORES
W^M PAATS ROCHE & C^{IA} BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C^{IA}

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de Ultramar.

902
CALLE PIEDAD
936
Buenos Aires

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

**Schelp
& Schelp**

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

RECONQUISTA, 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 m/l.
FONDO DE RESERVA Y PREVISION: \$ 1.351.234,23 m/l.

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
" a 30 días.....	3	1
" a 60 días.....	4	2
" a 90 días.....	5	3
" a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA	M. l.	Oro
	%	%
Por anticipaciones en cuenta corriente.....	10	10
Descuentos de letras y pagares.....	conv'al	conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires Abril 1.º de 1898.

AUGUSTO J. COELHO.
Gerente.



BANCO DE LONDRES Y RÍO DE LA PLATA

Sucursales en Londres, París (16, rue Halevy, Buenos Aires, Montevideo, Rosario de Santa Fé, Paysandú, Mendoza, Río de Janeiro, Pernambuco, Pará. — Avenida Montes de Oca, 932, Barracas al Norte

Operaciones, descuentos, transferencias telegráficas, letras de cambio, remesas, compra y venta de cédulas y otros títulos, depósitos en oro sellado, depósitos en moneda legal, depósitos en títulos, remesas de interés para Europa y cobranzas.

SE ABONA:
Depósito en c/corriente y a la vista..... 1 % m/l.
Id. id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de dos meses no ganará interés..... 2 %
Id. por tres meses fijos..... 4 %
Id. por 6 meses fijos..... 5 %
Id. por 12 meses fijos..... Convenc.

ORO SELLADO:
Cuentas corrientes..... sin int.
Id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 2 meses no ganará interés..... 1 %
Id. con tres meses fijos..... 2 %
Id. por 6 meses fijos..... 3 %

SE COBRA:
Por adelantos en cuenta corriente, 9 % m/l y 9 % oro

Buenos Aires, Junio 16 de 1896.



R. A. THURBURN, Gerente.

Banco de Londres y Brazil Ltd.

402, CALLE PIEDAD, 402
BUENOS AIRES

ABONA:	m. n.	oro
En cuenta corriente		
hasta 100.000 \$.....	1	% sin int.
En dep. 7 días aviso.....	2	1
" 30 ".....	3	1
" 60 ".....	4	2
" 90 ".....	5	3
" 3 meses fijo.....	4 1/2	2
" 6 y más.....	5 1/2	3
" y arriba convencional.		

COBRA:
Por anticipaciones en cuenta corriente en oro y papel 10 %.
Se atiende todas las operaciones del banco.

A. F. ENNOR,
Gerente.
Bs. Aires, Febrero 3 de 1897.



BANCO BRITÁNICO DE LA América del Sud Ltd.

CASA CENTRAL
RECONQUISTA Esq. PIEDAD
SUCURSAL ONCE SEPTIEMBRE
2828, RIVADAVIA, 2828

ABONA (hasta nuevo aviso)	Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1	% Sin interés
En caja de ahorros.....	5	3
Con 60 días de aviso.....	4	2
" 30 ".....	3	1
Depósitos a plazo fijo de tres meses.....	5	2
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	5	3
Depósitos a plazo fijo de 6 meses.....	5 1/2	3
Otros plazos. Convencional.		

COBRA
Por anticipos en cuenta corrien-
te..... 10 % 9 %
Descuento de pagarés..... Convencional.

Octubre 1.º, 1898.

F. M. HERIOT, GERENTE.

ÚNICOS AGENTES DE LAS PASTILLAS DEL DR. PUY
..... DE PARIS

JUAN JOSÉ BERNET & C^{IA}
CORRIENTES, 716
BUENOS AIRES

LA VELOCE

Navegación italiana. Servicio postal rapidísimo entre Italia y la América del Sud
Vapores de gran lujo iluminados a luz eléctrica

FLOTA DE LA COMPAÑIA

Nord-América, Savoia, Duca de Galliera, Vittoria Matteo Bruzzo, Duchessa di Genova, Centro-América, Venezuela, Città di Milano, Città di Torino, Montevideo, Città di Genova, Río Janeiro, Las Palmas, Rosario

AGENTES:

P. CHRISTOPHERSEN

BUENOS AIRES: CUYO, 249 — LA PLATA, ENSENADA: CALLE GRAN DOCK

CHRISTOPHERSEN HNOS.

MONTVIDEO: PIEDAS, 142 — ROSARIO: SAN LORENZO, 169

CHODOWIECK Y C^{IA}.

VALPARAISO: BLANCO, 462

LA HISPANO-ARGENTINA

LA FRANCO-PLATENSE

COMPAÑÍAS DE SEGUROS

Capital social: \$ 3.000.000

Agencias en todas las ciudades y pueblos de la República Argentina

Calle PIEDAD 588

BUENOS AIRES

TELÉFONOS:

Cooperativa 8004
Unión Telefónica 1589

CASILLA DE CORREO, 1634

GERENTE: A. R. CARTAVIO.

EL AGUA DE COLONIA INGLESA DE ATKINSON

Es en absoluto la mejor que se ha fabricado

ES LA MÁS ODORIFERA, AQUELLA, CUYO PERFUME SE CONSERVA MÁS TIEMPO Y ES MUCHO MÁS REFRESCANTE, QUE TODAS LAS OTRAS.

El Agua verdadera está garantida por Marca de Fábrica "WHITE ROSE"

ATKINSON-LOCION "NUTRITIVA" para el CABELLO

ENTERAMENTE NUEVA. — PEAU D'ESPAGNE, AMBRE, VIOLET, JASMIN, etc.

Sin rival para fortificar y hermosear el Cabello.

SE VENDE EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS. — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres

Fotografía Artística RAMIREZ HNOS.

CALLE CUYO, 1071.....
.....ENTRE ARTES Y CERRITO

Habiendo recibido de Europa máquinas especiales para retratos de niños y grupos instantáneos, tenemos el gusto de avisar a nuestra numerosa clientela, que aproximándose el año nuevo y estando el oro en baja, podemos hacer grandes rebajas en los precios y regalar por cada docena de fotografías finas desde album en adelante un lindo retrato grande al bromuro.

Se encarga la casa de retratos al óleo, lápiz, acuarela, etc., etc. y se hacen fotografías a domicilio, estancias, animales, etc., etc.

Aparatos y Utiles PARA LA FOTOGRAFIA

Enrique Lepage y C^{IA}. * CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

GRATIS - Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados